

año 2 número 8 / febrero 2016

ATLAS

8

otra revista de salud mental,
una revista de psiquiatría de enlace



ISSN 2362-2822

AUTOWAHN
editora

Editorial

Cerramos el segundo año de publicación de ATLAS con una nueva edición especial de lecturas. Hemos seleccionado relatos de autores jóvenes, la mayoría con algunos libros publicados, que dan cuenta de la época en que vivimos.

Como excepción, incluimos un relato de Santiago Dabove, un escritor amigo de Borges y Macedonio, que tiene un solo libro publicado póstumamente a comienzo de los sesentas y que fue rescatado del olvido por una reedición el año pasado.

¿Por qué una publicación de psiquiatría dedica un número a publicar literatura? Nuestra idea es que la clínica psiquiátrica necesita de la dimensión cultural del psiquiatra para no morir en una tecnicatura en aplicación de escalas, ni en una regresión totalitaria.

También, en un objetivo menos grandilocuente, queremos llevar a nuestros lectores la posibilidad de descubrir autores que tienen libros al alcance de todos, tapados por los best sellers de las vidrieras y que vale la pena encontrar.

Esperemos la disfruten.

MZ

Foto de tapa: caracolero buscando qué merendar en Chascomús.

Sumario

Editorial	2
Historia del Ave Fénix (Federico Falco)	4
Hospital (Sebastián Robles)	7
Después de verlos, es otro cantar (Ariel Pichersky)	28
La Cuenta (Santiago Dabove)	31
El Ojo (Liliana Colanzi)	36
¡Pielas Rojas! (Pablo Natale)	43
Unimog (Félix Bruzzzone)	56
Dos Sables Láser (Hernán Vanoli)	65
Cierre	79

ATLAS Año 2 N° 8 . Febrero 2016. ISSN 2362-2822

Director: Marcos Zurita. Co-director: Javier Fabrissin. Autowahn Editora.
Capítulo de Interconsulta y Psiquiatría de Enlace Asociación de Psiquiatras Ar-
gentinos. Lectores: maildeatlas@gmail.com

Av Belgrano 1431 1 "8" C1093AAO C.A.B.A. TE: 4383-6123 /
mail: autowahn@gmail.com

Historia del Ave Fénix

Federico Falco
(General Cabrera, 1977)

Una vez, hace muchos años, trajeron un Ave Fénix al pueblo, dijo el viejo.

Vino encerrada en una jaula, en la parte de atrás de una camioneta que manejaba un hombrecito pequeño y de dientes negros. Llegó un martes y prometió quemarla el viernes, ante la vista de la concurrencia. Pero el viernes llovió. El cielo se puso pesado y gris y después llovió. Se llenaron de barro las calles y la gente se quedó en su casa, comiendo buñuelos. El hombrecito, entonces, miró llover y decidió esperar hasta que escampara.

El domingo amaneció soleado y todo estaba listo: con tirantes y tabloncitos de madera armaron una tarima en medio de la plaza. Arriba de la tarima estaba la jaula con el Ave Fénix. La gente, al salir de misa, se apretujaba a su alrededor. El espectáculo salía diez mil pesos por persona, menores de cinco gratis. Fue todo el pueblo. El Ave Fénix estaba quieta en su jaula, acurrucada en un rincón, cada vez más ovillada sobre sí misma. El hombrecito se subió a la tarima y pidió un voluntario. Se ofreció un chico de diez, doce años. El hombrecito le dio una antorcha, le sugirió que la mantuviera lejos de la vista

y la encendió. Al chico se le iban los ojos tras el fuego azulino que brotaba de la estopa.

Entonces, el hombrecito buscó un bidón y roció al pájaro con querosén.

Al mojarse, el Ave Fénix se desperezó un poco y se sacudió las plumas, salpicando gotas para los cuatro costados. El hombrecito le hizo una seña y el chico le prendió fuego. Hubo una pequeña explosión y el chico se asustó y dejó caer la antorcha, que se apagó en el suelo.

El Ave Fénix gritaba y e intentaba volar dentro de la jaula. Era una bola de fuego. Se chocaba contra los barrotes, caía al piso, se levantaba y chocaba de nuevo. Las alas se movían rápidas, desplegadas y en llamas. En la platea todos estaban callados y quietos, sólo se escuchaban los golpes del bicho contra las rejas y los gritos.

El fuego se consumió hasta casi desaparecer y por entre el humo la gente pudo ver cómo el Ave Fénix se desplomaba. Tuvo uno o dos espasmos y el cuello, lo único que hasta el momento se mantenía erguido, terminó de caer. Las llamas todavía ardieron un rato más sobre las plumas que quedaban en el cuerpo chamuscado.

El pueblo contemplaba expectante. Los chicos se colgaban de los vestidos de sus madres, que los cobijaban y les decían, acunándolos, “mi chiquito, mi chiquito, ya pasó, ya pasó”. Los hombres se encogían de hombros, reían nerviosos y no sabían qué decirse. Nadie hablaba. De a poco empezaron a moverse.

Allá, allá, les decían las madres a sus hijos, mientras señalaban la jaula.

De ahí va a salir de nuevo el pájaro, mirá cómo va a salir, les decían.

Los chicos asomaban de a poco las cabezas y sin sacarse los dedos de la boca, posaban entre los barrotes sus ojos desconfiados.

Entonces, del cuerpo surgió una llamita.

Ahí renace, ahí renace, se avisaron unos a otros.

Pero el resabio de fuego se apagó enseguida. Un viento

suave sopló desde el norte y algunas plumas salvadas del incendio se arremolinaron junto a la jaula. Alguien de la primera fila se paró, tapando la visión. Desde atrás le gritaron que se sentara. Uno lo agarró del brazo y lo instaló de nuevo en su silla. Cuando se despejó la perspectiva observaron atentamente a ver si algo había cambiado pero dentro de la jaula todo seguía más o menos igual.

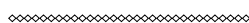
Lenta avanzaba la tarde. Algunos, los más viejos, empezaron a irse. Mascullaban callados alejándose del gentío. Las mujeres con los hijos dormidos en la falda también se retiraban esquivando cabezas con la vista fija en la tarima.

Cercano a la fuente surgió un murmullo: reclamaban al hombrecito, querían saber cuánto tardaba el Ave Fénix en resucitar. Pero el hombrecito no aparecía por ningún lado. Los hombres comenzaron a discutir, pretendían que les devolvieran el dinero de la entrada. Las mujeres hablaban entre ellas, un poco más alejadas del grupo, con los críos llorosos colgados de las piernas. El comisario organizó la redada. Seis o siete muchachos y dos agentes salieron de a caballo a recorrer los caminos. Unos chicos se subieron a la tarima y con un palo azudaron el cuerpo negro, carbonizado y quieto.

La partida regresó ya de noche y sin el hombrecito. Habían recorrido cinco leguas a la redonda y no lo habían podido encontrar. Para entonces en la plaza sólo quedaban tres chicos jugando a la mancha entre las sillas. A los gritos, desde una esquina, una mujer gorda los llamaba a cenar. Después, sólo quedó la tarima y las sillas desacomodadas. Aparecieron dos gatos, uno se metió entre los barrotes y comenzó a hurguetear los restos del pájaro. Alguien lo espantó tirándole cascotes. Eso es todo.

¿En qué año pasó esto?, preguntaron.

En el treinta y tres o treinta y cuatro, si mal no recuerdo, respondió el viejo.



Cuento publicado en “222 patitos”, Eterna Cadencia, 2014

Hospital

Sebastián Robles
(Villa Ballester, 1979)

-Te estaba esperando –dijo la examinadora– ¿Quieres un café?

Respondí que no, me arrepentí y le dije que sí. Me senté en uno de los sillones mientras ella iba en busca del café a una máquina. “Me llamo Paula”, había dicho antes, cuando saludó en la recepción. Y me dio un beso que rozó la comisura de mis labios.

La sede de Hospital llamaba la atención al costado de las vías del tren. Había sido construida en menos de tres meses, en medio de quejas de vecinos y organizaciones no gubernamentales. Su arquitectura desafiaba toda lógica: torres sin ventanas, pisos en desnivel, escaleras que no conducían a ninguna parte.

La objeción más legítima de las agrupaciones vecinales era que los planos no respetaban ninguna norma edilicia. No era necesario ser un experto para darse cuenta de que tenían razón. La sede de Hospital no proponía una estética nueva y disruptiva. Era, más bien, la suma de todas las corrientes estéticas: moderna, posmoderna, gótica en la terminación de la

cúpula más alta, que podía verse desde la autopista. A pesar de su aspecto desprolijo e incoherente, la sede se mantenía en pie y cumplía con todas las funciones para las que había sido edificada. Al menos, las que eran conocidas, entre las cuales la entrevista de admisión se encontraba en primer lugar.

La sala donde se llevaban adelante las entrevistas estaba en continuidad con la extravagancia del resto del edificio. Había imágenes de Derrick Palmer por todo el lugar. Su cara aparecía en fotos, en los bajorrelieves, en uno de los vitrales. Era la misma foto que aparecía en su fanpage, su cuenta de Twitter y hasta en los videos que subía una vez por semana a su canal de YouTube. Palmer, cuyo verdadero nombre era David Ángel Palencia, era un personaje bastante conocido en la web de habla hispana en general. Su salto a la fama había tenido lugar en Taringa, donde se distinguió desde temprano como un comentarista estrella en discusiones sobre videojuegos y juegos de rol. Su estilo de argumentación se volvió reconocible. Muchos lo imitaban, pero no podían igualarlo. Después de un tiempo abrió su propio blog, con una elevada cantidad de comentaristas que lo alentaban o ingresaban especialmente para denostarlo. Algunas frases de Derrick se volvieron célebres: “Hay cosas tan terribles que ni la mente las puede imaginar”, era una de ellas. Otra que se replicaba con admiración o escarnio en foros de todo tipo era: “Lo importante no son las personas, sino las convicciones. Las mías son firmes, digan lo que quieran”. Y la frase con la que cerraba todas sus intervenciones: “si te gustó este contenido, dale pulgar arriba y compártelo con tus amistades”.

El trámite de admisión resultó agradable, al menos en primera instancia. Paula llevaba una remera negra muy ajustada y una minifalda llamativamente corta, con medias de red. Calculé, por su manera de hablar, que tenía un poco más de treinta años, pero su cuerpo era el de una mujer diez años menor. Más que una entrevista formal, fue como llevarme una grata sorpresa en una cita a ciegas, después de un chat misterioso y cargado de expectativas. Pero la solidez con la que se manejaba

dejaba traslucir que no era ninguna improvisada. Tanto desde el sitio de Hospital, como en las múltiples aplicaciones para celular patrocinadas por la empresa, se transmitía una idea de profesionalismo que Paula encarnaba a la perfección.

-Somos el único hospital donde la gente quiere entrar en lugar de salir -dijo.

Sonreí. Ella tipeó algo sobre el teclado de su computadora. Luego me miró a los labios.

-¿Arrancamos?

Se había cruzado de piernas. La minifalda dejó al descubierto un portalingas. Más por perplejidad que por pudor, desvié la mirada. La situación era muy similar a una escena narrada por el propio Derrick en uno de sus videos de YouTube, donde ya definitivamente alejado del mundo de los videojuegos, relataba historias supuestamente reales que se encontraban en la deep web. Leyendas urbanas, snuff movies, casos paranormales, biografías de asesinos seriales. Derrick narraba con su característico acento caribeño, ilustrado por fotos o partes de películas y con una cortina musical y efectos de sonido sugerentes. En este caso, se trataba de una historia que Derrick contaba que había leído de un comentarista en un foro ruso de armas, donde la discusión había derivado hacia territorios más inciertos.

Kalashnikov –así se hacía llamar el usuario– decía haber pasado unos años en Kiev, donde durante largo tiempo estuvo sin trabajo. Como el desempleo era su estado habitual, no se preocupó por unos meses en que sobrevivió haciendo trabajos de electricidad y plomería. “Las personas están solas y buscan trabajo o hacen explotar las cosas. Así es la vida en Kiev”, decía Derrick mientras por la pantalla desfilaban imágenes de vagabundos, terroristas y desempleados. Un día el diario anunció que se instalaba una empresa nueva en la ciudad. La noticia constituía un acontecimiento en una economía que se caracterizaba por las quiebras y la escasez de divisas. Igual que otros miles, Kalashnikov vió en ella la oportunidad para salir de la miseria, así que envió su currículum y a los pocos días, para su

sorpresa, lo citaron. El relato de Derrick describía con detalle la sala donde se tomaban las entrevistas, que era idéntica a la sala donde yo me encontraba.

Como en la historia, siete u ocho entrevistas tenían lugar al mismo tiempo. Todos los empleados tenían un aspecto extravagante por motivos diferentes. Había uno vestido de negro, como los verdugos islámicos en las ejecuciones de periodistas occidentales, que estaba sentado en frente de un hombre pálido, que transpiraba. Otro parecía un sepulturero. Me detuve en la escena que se desarrollaba más cerca de mí. La aspirante era una chica de dieciocho o diecinueve años, con piercings en la nariz y en las cejas, y unos cuantos tatuajes a la vista. Su examinador era un hombre de saco y corbata y cabello con canas. Pensé que podría haber sido su padre. Escuché que ella se llamaba Ana.

-¿Qué sabés de Hospital? –preguntó Paula.

-Por lo que tengo entendido, es una red social para personas con convicciones –dije, repitiendo el leit motiv de Hospital. No sabía si tomarlo de manera literal o no. En el relato de Derrick tampoco estaba clara la finalidad de la empresa que se instalaba en Kiev. Una vez más, el paralelo se replicaba con asombrosa precisión. Más allá de los comentarios de foristas confundidos o fantasiosos, era poco y nada lo que se sabía de Hospital.

Paula insistió, implacable:

-¿Por qué Hospital se llama así? ¿Las personas con convicciones son enfermas?

Como Kalashnikov en el relato de Derrick, me concentré en las piernas de la entrevistadora, que en su historia se llamaba Lenka. ¿Estaba queriendo seducirme? Aunque lo hacía de una manera muy obvia, como si me quisiera tender una trampa, no carecía de efectividad. Recordé que a esa altura de la historia, en el video aparecían fotos de actrices porno en portaliñas. Todas rusas o ucranianas, rubias y distantes, pero en Paula no había nada eslavo, sólo tal vez una frialdad disciplinada, que en algunos momentos me parecía genuina y en

otros me resultaba artificial. .

-Yo creo que es irónico –dije al final.

-Ajá.

Durante unos segundos separó las piernas. Me pareció que no llevaba ropa interior. ¿Qué estaba pasando? El deseo de ingresar en Hospital había aparecido en cuanto me había enterado de su existencia pero ahora, desde que había cruzado las puertas del edificio, se había vuelto insoportable. Fallar en la entrevista me provocaría una frustración muy grande. Pero al mismo tiempo, tenía la sensación de que las cosas no podían salir bien. No había sido así, al menos, en la historia de Derrick que como solía suceder en sus relatos, finalizaba con un giro siniestro.

-¿Te puedo hacer una pregunta? -le dije a Paula, que asintió con cautela. Yo me arrepentí al instante, pero ya estaba jugado.

-¿Cómo se financia Hospital?

Una parte de mí quería conocer hasta los últimos secretos de la red social, mientras que la otra había encendido una señal de alarma que me indicaba que lo mejor que podía hacer era abandonar cuanto antes el lugar. A Kalashnicov le había pasado otro tanto, con la diferencia de que él no tenía un relato previo que sirviera para darle un marco o un sentido a la situación, así que la alarma fue más leve. Creyó, o quiso creer, que las insinuaciones de Lenka eran auténticas. Se dejó llevar por la película casi pornográfica que estaba representando. Alguna vez le tenía que tocar. Y en lugar de preguntar por el financiamiento de la empresa, como había hecho yo en Hospital, le preguntó si quería salir a tomar algo con él después de la entrevista. Ella aceptó.

-Tengo que entrevistar a diez personas más hoy, antes de las seis de la tarde –dijo Paula con una amabilidad cortante–. Si tenés alguna duda, podés consultar el Quiénes Somos del sitio web. Ahí está toda la información.

Yo ya conocía el Quiénes Somos de Hospital. Tenía la extensión de un haiku. Terminaba con una invocación: “si tenés

convicciones, sumate”, y un link que redirigía al formulario para solicitar la entrevista de admisión. Lo que no conocía era a nadie que hubiera sido admitido en Hospital. Sabía que existían, a esa altura, miles de usuarios, pero no se daban a conocer. Tampoco se había filtrado jamás una captura de pantalla. Se hablaba de la influencia de Hospital en el gobierno, el sector privado y en especial en los medios de comunicación. Pero eran suposiciones que nunca llegaban a ratificarse. Como si los usuarios de Hospital formaran una logia secreta, unos Illuminati plebeyos que manejaban los hilos de la realidad. La intimidad de Hospital, sus propósitos, la identidad de sus integrantes, eran los únicos misterios que Derrick Palmer jamás había tratado en sus videos documentales, lo cual era doblemente extraño si se tenía en cuenta que las teorías conspirativas y las sociedades secretas eran su especialidad. Y Derrick no era el único que evitaba el tema en esos términos. Ni siquiera en las redes con menores limitaciones en cuanto a la identidad y las formas de expresión de sus usuarios, como Reddit o 4chan, había más alusiones a Hospital que las meramente publicitarias. Todos los rumores transcurrían afuera de la web, como las cosas del pasado, en las tertulias y en los salones.

-¿Derrick Palmer es el dueño de Hospital? –pregunté.

Pensé, al instante, que había formulado la pregunta incorrecta. Como Kalishnicov, que pagó caro el atrevimiento de haber invitado a salir a Lenka. Durante los primeros minutos del encuentro todo transcurrió de acuerdo a lo esperado. La llevó a tomar unas cervezas a Sheridan, el único pub irlandés de Kiev. Lenka había abandonado la actitud de actriz pornográfica que había exhibido durante la entrevista, como si ya no le hiciera falta para llamar su atención. Lucía tan natural que Kalashnicov no dudó de ella hasta el día siguiente, cuando amaneció en la bañera de su casa, cubierto de hielo hasta el cuello. Al costado estaban su celular y una nota escrita en papel, con el número telefónico del hospital más cercano. Intentó moverse y el agua se tiñó de un rojo oscuro, casi negro. Una ambulancia lo trasladó al hospital. Cuando despertó de

un sueño de anestesia, un médico de cejas gruesas le comunicó que alguien le había extraído un riñón y el páncreas.

Paula me respondió con otra pregunta:

-¿Vos qué opinás?

Miré a mi alrededor. Las paredes de cemento demolían todas las dudas razonables. A diferencia de Kalashnicov, yo no iba a ser víctima de ningún delito. Me lo repetí para tranquilizarme. Kalashnicov hizo la denuncia correspondiente. La policía registró la empresa, pero no encontró rastros de su paso por ahí. Ni siquiera existía una empleada que se hiciera llamar Lenka. La historia misma, cuando le tomaron declaración, sonaba como un relato alucinado. Pero Kalashnicov juraba que era real y compartió una foto donde se veían, borrosas y fuera de foco, las piernas de Lenka. Derrick reprodujo la foto en su video. Como testimonio de realidad era irrelevante, pero a esa altura del relato nadie cuestionaba la verosimilitud de los hechos. Sucedió en el caso de las leyendas urbanas más o menos conocidas, como ésta, pero también en las historias más fantásticas, extrañas o paranormales. Derrick era un narrador persuasivo. Algunos lo consideraban un psicópata.

En lugar de seguirle el juego a Paula, me quedé callado. Escuché que en la entrevista de al lado, la chica pedía permiso para pasar al baño. Esperé unos minutos y seguí sus pasos. Paula me indicó el camino, a través de un pasillo que terminaba en una puerta espejada.

-Tenés que subir la escalera y doblar a la derecha –me susurró al oído, apoyando los pechos contra mi espalda.

La escalera era de caracol. En el baño los mingitorios eran cabezas de gárgolas. Cuando terminé, golpeé un par de veces la puerta del baño de mujeres. Al cabo de unos minutos, me asomé. Estaba vacío. Como no la había visto pasar en la dirección contraria, deduje que Ana se había metido por la puerta de la izquierda, que tenía un cartel de: “Acceso restringido – Sólo usuarios de Hospital”. Giré el picaporte y la puerta se abrió. Detrás había un pasillo, más bien un pasadizo, de no más de un metro de alto, que se extendía hasta una habitación

iluminada. Me deslicé en esa dirección, después de cerrar la puerta detrás de mí.

La habitación al extremo del pasillo era una sala grande, cruzada por tablones de madera. Había algunos reflectores que apuntaban hacia abajo. Del techo colgaban sogas y cortinas. Entendí que estaba en la parte de arriba de una especie de escenario. Abajo se escuchaban algunas voces, pasos, como si todavía no hubiera empezado la función. Caminé sobre uno de los tablones, agarrado a una cuerda que unía las dos paredes, para no perder el equilibrio.

Me llevó unos segundos reconocerla, como cuando uno ve algo familiar bajo una luz diferente. Abajo estaba la sala donde se tomaban las entrevistas de admisión. Reconocí a algunos examinadores que había visto antes. Paula estaba en la misma posición en que la había dejado, de frente a la pared. A su lado, el otro examinador esperaba a Ana. Por todo el lugar deambulaban otras personas en las que no había reparado antes. Algunas conversaban entre sí, otros estaban sentados mirando sus celulares, o sin hacer nada. La escena me recordó la etapa en la que trabajé como productor de televisión en un programa de concursos, con varios escenarios, público en vivo e invitados. En el estudio, entre los que trabajábamos, había muchas personas que uno no sabía para qué estaban, pero que cumplían una función específica, imposible de adivinar a simple vista. Cuando uno los ve todos los días aprende a detectarlos, a saludarlos con amabilidad y sin hacer preguntas, porque las explicaciones suelen ser aburridas o desconcertantes. Ese hombre que estaba todos los días en el mismo sector de las bambalinas, con un diario enrollado debajo del brazo, cuidaba que la intensidad de un reflector fuera siempre la exacta para la toma que requería el director. Esa era su única función y cuando el reflector no estaba en uso —es decir, durante la mayor parte del tiempo—, se sentaba en una silla y se ponía a leer el diario, saludaba al personal de seguridad y a la producción con amabilidad, a veces incluso se dejaba llevar por una breve charla, especialmente si la interlocutora era una de

las bailarinas del programa. Como él había otros tantos, cada uno en su tarea silenciosa e insignificante para el mundo real. En cualquier otro contexto su presencia sería absurda, pero ahí no eran distintos de los artistas o de los conductores de programas. Tenían sentido en la medida en que contribuían al artificio. Cuando las cámaras se apagaban o apuntaban en otra dirección, no eran nadie.

El pasillo contiguo olía a humedad. Tenía una pendiente hacia arriba, que a medida que avanzaba se volvía más pronunciada. La temperatura descendió abruptamente. Al cabo de veinte o treinta metros, empecé a temblar.

-¿Hola? –dije en voz alta.

Había otra sala, desde donde provenía una voz masculina cuyo eco resonaba en el pasillo. Tanto por el contenido de su discurso como por la entonación que utilizaba para pronunciar las palabras, generando pausas largas y cortas de acuerdo a las exigencias del relato, pensé que se trataba de Derrick Palmer, pero al poco tiempo eché en falta su acento, y antes de atravesar el umbral de la puerta ya estaba seguro de que no era él.

-...en una filmación tomada durante el rodaje de El circo de Charles Chaplin, se ve con claridad a una mujer que cruza la calle mientras habla por lo que parece un teléfono celular. La escena es uno de los grandes enigmas de la historia del cine. Pero no para nosotros, los usuarios de Hospital, que...

Me asomé sin disimulo. La sala era una oficina sobria, bien amueblada. En la pared de atrás había una pantalla LED que reproducía videos de Derrick. Sentado al escritorio, de un lado, estaba un hombre de alrededor de sesenta años, gordo, vestido de traje. Transmitía seguridad y desconfianza a la vez, como un abogado del microcentro. Ana estaba sentada en frente suyo.

-Lo estábamos esperando –dijo el hombre– Soy el Almirante.

Sobre el escritorio había dos ejemplares de hojas impresas y abrochadas.

-¿Dónde estamos?

Explicó que habíamos aprobado la entrevista.

Ana y yo nos miramos. En sus ojos vi la misma pregunta que yo me formulaba: “¿esto es real?”.

Entonces el Almirante nos contó el origen de Hospital, que había tenido lugar en los comentarios de un blog dedicado a la crítica de películas de terror. La película en cuestión era Hospital, que pertenecía al subgénero found footage, inaugurado por Blairwitch Project: películas encontradas después de la supuesta muerte de todos los participantes en el rodaje. Contaba la historia de un equipo de televisión que pasaba la noche en un hospital psiquiátrico abandonado. Al principio de la película, los miembros del equipo conversaban acerca de la historia del hospital.

A comienzos del siglo XX, el doctor Maverick Valjean, director del psiquiátrico, había realizado experimentos perversos con los internos, que involucraban hipnosis, lavados de cerebro y lobotomía. El objeto de sus investigaciones era, casi como en la medicina del Renacimiento, encontrar el fundamento orgánico de la conciencia. Valjean iba, sin embargo, un paso más allá, y en sus últimos tiempos pretendía haber dado con una fórmula quirúrgica que consistía en la sección de los lóbulos frontales derecho e izquierdo, cuyo efecto consistía en alterar la percepción de la realidad. Sus pacientes, en efecto, parecían habitar otra dimensión. Emitían sonidos extraños, su conducta era imprevisible y la mayoría moría poco después de la operación, aunque algunos sobrevivían unos años. Sólo podían comunicarse por medio de la escritura de números, como si todo lo demás hubiera perdido el sentido. La matemática que dominaban, en especial la geometría, no se parecían a nada conocido. El tiempo y el espacio tenían para ellos otro significado. Esto explicaba, quizás, su manera torpe de deambular, que no se confundía con la del resto de los internos. Era como si, aún con algún tipo de conciencia, o al menos con los ojos abiertos, pretendieran caminar por el techo o atravesar la pared.

Las investigaciones del doctor Valjean no llegaron a ningún término. Crónicas de la época hablan del terrible sufrimiento al que eran sometidos sus pacientes durante las operaciones y después de ellas. Se decía que, incluso, motivado por una necesidad extraordinaria de sujetos para sus experimentos, Valjean se había transformado en el responsable de algunas desapariciones que habían tenido lugar en Winnicott Grove, el pueblo más cercano. Una noche se produjo una revuelta en el hospital. Los motivos no están claros. Algunos dicen que fue una especie de motín originado por algunos pacientes rebeldes con los que no se habían tomado las medidas de seguridad necesarias. Otros afirman que la insurrección se produjo entre los pacientes que Valjean había intervenido quirúrgicamente. Lo cierto es que fue asesinado en su escritorio en algún momento de la madrugada, al igual que sus asistentes y todo el personal de enfermería. Cuando llegó la policía, al día siguiente, no quedaba nadie en condiciones de brindar un testimonio fiable. Algunos internos escaparon. Otros todavía estaban ahí, con la mirada perdida en alguna parte. El hospital fue clausurado y permaneció durante décadas en estado de abandono. Las leyendas aparecieron pronto. Personas que decían ver luces a la noche. Ruidos inexplicables. Curiosos que se internaban en el edificio y no volvían a aparecer. Hasta que un equipo de televisión decidió pasar la noche en el lugar.

Esa era la historia que contaba la película Hospital. El equipo estaba formado por cinco personas: dos mujeres y tres hombres. A la madrugada se dan cuenta de que no pueden salir del hospital, que se había transformado en un laberinto oscuro de pasillos, ventanas que no se abrían y escaleras que no conducían a ningún lado. De a uno, los personajes iban muriendo. O mejor dicho: no morían sino que desaparecían, como si se los tragara la sombra o se disolvieran en el aire.

-Parece una historia de Derrick –dije.

El Almirante sonrió.

-Es al revés –dijo–. Derrick Palmer es una historia nuestra.

La discusión en los comentarios a la crítica cinematográfica giró, al principio, en torno a la calidad de la película. Había quienes objetaban algunas decisiones en el guión, así como también la mala interpretación de una de las actrices, pero en general la película había gustado. Se destacaban la ambientación, el manejo cuidadoso del suspenso y el clima ominoso que la recorría de principio a fin. Alguno comentó la posibilidad de que la historia fuera real. En la misma línea, otro sugirió que el hospital embrujado existía pero le habían cambiado el nombre para evitar que, después de ver la película, la gente sintiera la necesidad de confirmar los hechos por su propia cuenta. “¿Ustedes no irían?”, preguntaba.

El azar, o alguna disposición especial de los acontecimientos, hizo que esa discusión no fuera abandonada como tantas otras, sino que se profundizó en el transcurso de los comentarios. Se hablaba acerca de la naturaleza de la realidad. De la locura, la duda neurótica y la certeza psicótica. Interventían —entre otros— curiosos ocasionales, fanáticos del cine de terror, hackers y psicólogos que habían llegado a los comentarios a través de los buscadores. Se linkearon definiciones de Wikipedia, videos de fantasmas y blogs sobre leyendas urbanas.

Cuando uno se pregunta con insistencia por la naturaleza de la realidad, termina por dudar de todo lo que hay alrededor. Sobreviene, entonces, la necesidad contraria, que es la de creer en algo. En algún momento, después de dos o tres meses de intercambiar información, opiniones o datos, los comentaristas fueron visitados por la inspiración. Alguien sugirió crear un personaje que tuviera un poco de todos, un gigantesco fake que todos ellos controlaran. La conversación, que hasta ese momento había transcurrido en el blog, se trasladó a una cadena de mails. Al cabo de unos días había nacido Derrick Palmer. El resto era historia conocida y se parecía en gran medida a las biografías que estaban repartidas por la web, algunas de las cuales habían sido redactadas por sus propios creadores. Derrick había sobresalido, primero, como comentarista en foros. Sólo que sus respuestas y argumentaciones no

eran espontáneas, sino el producto de una intensa discusión al interior de la cadena de mails. Cuando “los primeros” –como llama el Almirante a los usuarios originales de Hospital, que habían creado el fake– consideraron que estaban listos, abrieron el blog de Derrick Palmer. Diseminaron algunas fotos que pertenecían al sobrino fallecido de un arquitecto que formaba parte de la cadena de mails. El acento caribeño se debió a que alguien opinó que eso le daba a Derrick una identidad más reconocible. Pero sobre todo, a que conocía a un locutor que estaba dispuesto a hacerlo. Entonces, durante un tiempo largo, los primeros se dedicaron a editar los videos que harían famoso al personaje.

Entre tanto, la cadena de mails crecía en integrantes. No porque se diera a conocer en público –al contrario, todas sus actividades eran secretas– sino porque cada miembro refería a otros, y todos eran necesarios para el equipo de producción de los videos, que demandaban cada vez más trabajo. Se sumaron especialistas en diversas áreas, parapsicólogos, redactores publicitarios, programadores. Un equipo interdisciplinario como no existía, quizás, en ninguna otra parte.

Después de los primeros meses, los videos se transformaron en una diversión banal. En la cadena se compartía una cantidad de información como no había en ningún otro lado. Sólo una pequeña parte de ese conocimiento iba a parar a los videos. El resto quedaba circulando en los mails, como un material radioactivo que corroía, de a poco, las mentes de los integrantes de la cadena. Teorías conspirativas, contacto extraterrestre, secretos guardados por agencias de inteligencia de todo el mundo. Mucha información había sido extraída de Marianas web, uno de los niveles más inaccesibles de la deep web, que debía su nombre a una analogía con el lugar más profundo del océano, la fosa de las Marianas. Gracias a una organización espontánea y eficiente, que contaba con una gran variedad de recursos, todas las preguntas que se formulaban encontraban su respuesta. Era enloquecedor. La duda había sido transformada en una anomalía del sistema, en algo que

había que corregir, porque existían los medios para hacerlo. Los integrantes de la cadena no creían en los fantasmas, las conspiraciones o los extraterrestres: sabían con certeza de su existencia. Y al mismo tiempo no tenían nada, sólo eran dueños de un popular y eficiente fake. Esto condujo a una crisis durante la cual varios integrantes abandonaron el grupo.

Se idearon planes de acción para combatir la entropía. A pesar de que habían pasado algunos años juntos, y su contacto era más intenso entre ellos que con las personas que compartían sus vidas reales, los integrantes de la cadena –que eran decenas– nunca se habían visto las caras. Organizaron, como un gesto fundacional, algunas reuniones. Nunca estaban todos presentes, pero los encuentros resultaron aire fresco para el grupo. Era como ver el sol después de años de una oscuridad donde ya nadie recordaba su existencia. En esas reuniones se concluyó la necesidad de transformar el vínculo que los unía en algo más concreto. Entonces, en algún momento, alguien propuso la creación de Hospital.

Aunque se discutió mucho acerca de su implementación, la idea fue aprobada desde el momento mismo en que se la formuló. No sólo obedecía, como se ocupó de aclarar el Almirante, a una necesidad de objetivar algo que amenazaba con conducirlos a la locura, sino también a un impulso noble: la necesidad de compartir sus conocimientos –los reales, no los artificios de Derrick en YouTube– con el resto de la humanidad. Para que la comunicación tuviera el efecto deseado no podía realizarse a través de la web, donde la difusión del conocimiento sólo generaría una confusa duplicación de la información –que ya estaba disponible, aunque fuera de difícil acceso. Las personas para las que no existían los misterios desconfiaban de todo lo que no fuera cemento, vidrio y contacto real.

-Compartir, al fin y al cabo, es curar –dijo el Almirante y calló.

Miré las paredes del edificio como si las viera por primera vez. Me pareció que murmuraban. Imaginé a los arquitectos

discutiendo los planos en una serie interminable de comentarios. Todos sabían todo, porque habían recibido la misma información, pero cada uno la procesaba de una manera diferente. Por eso yo estaba sentado en una silla de mimbre y la de Ana era de cuero, por eso los pasillos, las escaleras inesperadas y el estilo incoherente de la fachada. Aunque su configuración no tuviera sentido, me pareció una conquista de la especie humana que Hospital hubiera llegado a la realidad.

-Necesitamos usuarios curiosos –dijo entonces el Almirante–. Que se atrevan, como ustedes, a cruzar la puerta que dice “prohibido pasar”.

Durante un instante me pareció que intentaba convencernos de algo. Por mí, ya no hacía falta. ¿Cómo no iba a querer formar parte de Hospital? Esa era, al fin y al cabo, la razón por la cual había solicitado la entrevista de admisión, después de días y noches de mirar videos de Derrick Palmer. La sola perspectiva de ser admitido me mareaba. Sentí que estaba transpirando.

-¿Te pasa algo? –preguntó Ana.

Pedí permiso para pasar al baño. El Almirante me señaló una puerta detrás de un biombo. Pensé que había leído en mi cara que ya no me interesaba escaparme. Lo cierto era que tampoco había ninguna puerta o pasadizo secreto detrás del biombo, sino sólo un baño inesperadamente normal, con un inodoro, una pileta para lavarse las manos y un espejo. Mientras el agua fría me despejaba la cara, pensé que estaba viviendo mis últimos minutos como una persona común y corriente, que desconocía muchas cosas y estaba acostumbrada a dudar. Gente que vivía con los ojos cerrados, como si estuvieran ciegos, porque no sabían leer la realidad adecuadamente. Igual que yo, en ese preciso momento, cuando todavía estaba por abrirse ante mí la posibilidad de acceder a todo el conocimiento, a todas las respuestas. ¿Por qué desaparecen los aviones y los barcos en el triángulo de las Bermudas? ¿Cómo fue planeado el atentado a las Torres Gemelas y quiénes fueron sus verdaderos responsables? ¿Existe Dios? ¿Quién mató a la Dalia

Negra? ¿Es posible viajar en el tiempo? Esas y otras preguntas me venían a la cabeza, como en un bombardeo terminal.

Miré al espejo. En lugar de mi cara, me encontré con dos ojos cuyas pupilas se movían de izquierda a derecha, una y otra vez, como si estuvieran leyendo una pantalla o un libro. Yo me froté la cara con la toalla y salí del baño sin comprobar si la imagen seguía estando ahí. Pensé que había sido una alucinación, una ilusión óptica producto de mi cansancio mental, sólo porque cualquier otra alternativa me resultaba inverosímil o inquietante. Cuando volví a mi lugar, transpiraba tanto o más que antes de entrar al baño.

El Almirante señaló los dos ejemplares de hojas que había sobre su escritorio. Llevaban un sello en el encabezado.

-Lo único que tienen que hacer es firmar el contrato – dijo y nos alcanzó una birome a cada uno.

Casi me había olvidado de la presencia de Ana. Su cara, en aquel momento, me resultaba inescrutable.

-Firmar el contrato... -repitió con desconfianza-. ¿Hay que dar algo a cambio?

El Almirante se rió.

-Tiempo, entrega, sacrificio. Eso es lo que Hospital demanda.

Agarré mi ejemplar de hojas y le di una mirada rápida. Estaba a punto de poner la firma al pie cuando reparé en el texto del sello que había en el encabezado. En silencio, se lo señalé a Ana. “Formulario para donación de órganos”, decía en borrosa tinta azul.

-¿Qué es esto? –pregunté.

El Almirante me sacó las hojas de las manos.

-Un momento –dijo.

Llamó a alguien a través del interno. Mientras hablaba, se secaba la frente con un pañuelo de papel.

-Escuchame, estoy con dos aspirantes... Me pusieron el formulario de donación de org... ¿Cómo no se fijan antes?... ¿Quién dio la orden?... Yo me tomo las cosas en serio, no puedo depender de que a alguno se le ocurra... Sí, ya sé...

Ana y yo nos miramos. “Vamos” dije con los labios. Salimos de la oficina mientras el Almirante seguía enfrascado en su conversación. Más adelante, el pasillo se bifurcaba en tres direcciones. Ninguno de los dos recordaba por cuál habíamos entrado. Al rato se hizo evidente que habíamos equivocado el rumbo. Volvimos sobre nuestros pasos, pero ya no encontramos la oficina del Almirante. En su lugar había otro pasillo interminable.

-Creo que me estoy volviendo loca –dijo Ana.

Fue un alivio escuchar sus palabras. Le conté mi experiencia en el baño. A ella no la sorprendió. Pensé que compartir la sensación de irrealidad nos preservaría de la locura, al menos por un rato. Ana había llegado a Hospital igual que yo, sin demasiada información. Quise preguntarle cosas, conocer su historia. Entonces escuché la voz a nuestras espaldas.

-Ustedes deben ser los nuevos usuarios.

El que hablaba era un hombre con delantal de médico, pelo largo y anteojos redondos. Nos dio la mano antes de que alguno de los dos respondiera a su pregunta.

-Tesla866, sector Antiestadística –dijo–. Encantado de conocerlos.

Sólo con la mirada, Ana y yo acordamos seguirle la corriente por un rato.

-El gusto es nuestro –dije.

-Pasen por acá, por favor.

Nos condujo a su oficina. Estaba empapelada con mapas. Detrás del escritorio había un pizarrón cubierto de cálculos y fórmulas matemáticas.

-Si llegaron hasta acá, es porque los designaron a este departamento –afirmó con seguridad.

Ana y yo asentimos en silencio.

-¿Les contaron de qué se trata?

Negamos al unísono.

-Para ser sinceros –dijo el tipo–, este sector debería llamarse “Terrorismo estadístico”. Parece que algunos fundadores de Hospital objetaban esa terminología, o pensaban que

nos podía traer problemas. Yo no lo creo.

-¿Cuál es la función de este departamento? –preguntó Ana.

La respuesta de Tesla866 fue categórica:

-Romper estadísticas.

A continuación nos explicó su metodología de trabajo.

-Estudiamos regularidades de datos que a veces no tienen nada que ver entre sí. Por ejemplo, “cuántos litros de gaseosa se consumen por cada novela policial vendida”, o “cantidad de accidentes de tránsito por plata invertida en gastronomía durante un período determinado”. Las variables son infinitas, porque tenemos todos los datos a disposición. Y donde encontramos una regularidad, la quebramos.

-¿Adulteran las estadísticas? –pregunté.

Me miró con decepción.

-Cambiamos la realidad, en todo caso.

De esta manera nos introdujo en las actividades del departamento de Antiestadística de Hospital, que sólo en una pequeña parte consistía en encontrar regularidades. El verdadero esfuerzo apuntaba a destruirlas. A veces bastaba con un solo acto, como cuando se desabasteció a la capital de leche descremada por dos días, mientras que la variable “muertes por asfixia” permanecía estable. Nadie se enteró, excepto ellos mismos, pero eso no importaba.

-Mantenemos la realidad en movimiento –dijo Tesla866.

Aunque debía pasar inadvertida, la tarea no resultaba igual de simple e irrelevante en todos los casos. La antiestadística exigía convicción.

-Cada año impar caían tres coma cuarenta y cuatro vuelos de línea. Hasta que llegamos nosotros.

Recordé el caso del vuelo 196 de New Zealand Airlines, que había desaparecido con 89 pasajeros a bordo el año anterior, en la ruta Auckland-Tokio, sin dejar rastros. Había un video de Derrick al respecto.

-¿Ustedes estuvieron involucrados? –preguntó Ana.

Tesla866 sonrió.

-Ese año se cayeron seis aviones –dijo con satisfacción.

Parecía un chico entusiasmado. Cuando lo vi en detalle, me di cuenta de que era literalmente eso, porque no tenía más de veinte o veintidós años. Alguien que había pasado de masturbarse en frente de su computadora a controlar la realidad, casi sin escalas. Pensé en los miles de usuarios de Hospital, anónimos como él, que trabajaban en secreto para alterar la dinámica de las cosas. Eran, a su modo, agentes encubiertos del azar.

-¿Cuándo empezamos? –pregunté intentando disimular mi entusiasmo.

-Ya empezaron.

Dijo que habíamos sido una anomalía estadística casi desde el comienzo de la entrevista. Que eran pocos los candidatos que atravesaban la puerta para ir al baño, y muchos menos los que se negaban a firmar el contrato.

-Este mes habíamos agotado la cuota de nuevos usuarios. Entonces aparecieron ustedes. Felicitaciones.

Más que halagado, me sentía escéptico. La medida de mi cordura era Ana. Me costaba adivinar qué pasaba en su cabeza. Tenía la expresión en blanco como si ella, a su vez, estuviera esperando mi reacción.

-¿Nos quedamos? –preguntó.

Me resultaba difícil creer que yo hubiera escapado a alguna estadística. Estaba más dispuesto a pensar que todo había sido mérito de ella, que al fin y al cabo no era una chica común y corriente. De otra manera, no hubiera llegado hasta donde estábamos. Había sido ella la primera en pedir permiso para ir al baño, y utilizarlo como excusa para evadirse de la primera etapa de la entrevista. Yo sólo seguí sus pasos. Sin su determinación o al menos su presencia, no hubiera tenido el coraje para dar por terminada la entrevista con el Almirante. No hubiera llegado, de ninguna manera, hasta dónde estaba.

-¿Cómo intervienen la realidad? –preguntó Ana– ¿Mandan espías o agentes?

Me miró con desconfianza.

-Por supuesto –respondió Tesla866–. Así es como se hace.

Ana sospechaba de mí, o eso aparentaba, porque también cabía la posibilidad de que la espía fuera ella, y actuara de ese modo para desconcertarme. Después de todo, tenía sentido que todo fuera una puesta en escena. Recordé cada uno de sus pasos, sus miradas, pensé que estaban puestas ahí para engañarme con algún propósito inconfesable. Por otro lado, si dejaba de lado la desconfianza, la tentación de involucrarme en Hospital era grande. No se trataba de saberlo todo, como prometía el Almirante, sino también de actuar en consecuencia. Tenía un mundo de aventuras por delante.

Por eso, quise creer. Pero me costaba.

-Esto parece un video de Derrick Palmer –dije.

Tesla866 levantó la vista, extrañado.

-¿Quién es Derrick Palmer? –preguntó.

Ana se levantó antes de que yo procesara sus palabras.

-Vamos –dijo.

Y me agarró de la mano.

Salimos de la oficina sin que Tesla866 hiciera ningún movimiento para detenernos. Tampoco lo esperamos. Ya conocíamos la mecánica. En frente nuestro estaba, otra vez, el mismo pasillo.

Caminamos durante horas, a veces en círculos. No abrimos más ninguna puerta. Ana me contó su historia. Cuando le pregunté por qué había querido ingresar en Hospital, me contó que quería conocer personas de la vida real, no de las redes sociales, pero su entorno inmediato estaba formado por ex compañeras del colegio y compañeros de una facultad que cada vez le generaba más rechazo. Pasaba horas mirando los videos de Derrick Palmer porque eran la manera más efectiva de evadirse de la realidad. Hacer la entrevista de ingreso iba en la misma dirección. En el trayecto, sin embargo, la invadió la necesidad de saber qué era Hospital, qué clase de personas había adentro, y cómo podía relacionarse con ellas.

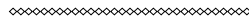
-Vine porque estoy sola.

Me pareció la explicación más simple y honesta posible.

Eso me daba tranquilidad.

-Yo también –dije.

Y pensé que de alguna manera íbamos a encontrar la salida de Hospital. Aunque nos quedaran mucho tiempo y confusión por delante. Porque nos habíamos encontrado, ignorábamos las mismas cosas y en esa versión de la historia, que era la única real, ya estábamos curados.



Cuento publicado en
Las Redes Invisibles, Momofuku, 2014

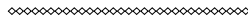
Después de verlos, es otro cantar

Ariel Pichersky
(Buenos Aires, 1989)

Estaba muy bien logrado. Se limpiaba la boca con tantas ganas que te dabas cuenta de que el culo se lo limpiaba igual. Y claro que era a propósito, porque la imagen la ves enseguida, lo haga un humano o quien sea, y acá jugaban precisamente con la idea de que era un androide, y entonces, en un punto, el gesto del actor remite a otro gesto que en realidad no existe ni puede existir. Por eso digo que con esto se abren cosas nuevas, no es nada más enchufar unos aparatos y ponerlos en un escenario. Estaba todo bien hecho y sí, tenía que ser a propósito, porque a los japoneses no se les escapa nada, y como era una demostración, estaba armado para que no distinguieras a los actores reales de los robots. Tenías que ver las articulaciones y la sincronización de los labios. Desde ya que casi no había desplazamientos. A todo esto, no te olvides que estábamos en una de las bodegas del barco, y se notaba que la habían bal-

deado pero igual tenía bastante olor a pescado. Si llega a haber un movimiento brusco y se va al suelo uno de los muñecos después no podés retomar la escena. No se puede. Así que lo que sería el torso estaba metido en una especie de barril que me imagino tendría algo pesado en el fondo. Eso va a ser lo de menos, después nos fijamos. Por ahí les ponemos una base de material y se terminó. También puede ser redondeada, para que se balanceen. Tiene su riesgo, habría que pensar cómo. Acá los barriles daban bien porque se suponía que estos personajes habían perdido las piernas en la explosión de una turbina, y los que interpretaban los actores de carne y hueso, digamos, también habían estado ahí, aunque no les faltaba nada del cuerpo. Sólo habían quedado medio tocados. La cosa es que los androides hablaban mejor y más claro y eran más inteligentes que ellos. Y se movían con más gracia. El planteo estaba bien, y se habían pegado a un realismo medio ingenuo. Lo de los androides, nos decían, tiene que ver con que allá están complicados con el tema de la sociabilidad, así que invierten mucho en aparatos como estos para tenerlos en la casa. Y ahora incluso hay cosas más evolucionadas. Cada tanto Martín me miraba como para ver mi reacción y yo me hacía el desinteresado, pero la verdad es que me impresionó bastante. También me sorprendió Martín. Pensé que con el nombramiento se le iba a subir algún humo a la cabeza pero no, por lo que vi sigue igual. Hasta me presentó a unos tipos del ministerio de Agricultura y a algunos de los japoneses. Él tampoco los conocía a todos. Cuando terminó la obra me preguntó qué me había parecido, y yo le dije que no estaba mal, y entonces me dijo que yo ya sabía que el tema de los fondos ahora iba a estar complicado, que todavía nadie sabía a ciencia cierta cómo iba a seguir la cosa pero que seguro iban a empezar a recortar por nosotros. Así que me dijo mirá, si te sirven, de estos aparatos te puedo dar los que vos quieras. Y ahí entendí por qué había insistido tanto con llevarme al barco, porque si me proponía lo mismo en su despacho le habría respondido que ni en pedo. Después de verlos, es otro cantar. Y vos sabés que para mu-

chas cosas yo soy medio conservador, pero volví entusiasmado, pensando mucho. Imaginate poner a Brecht con androides, por ejemplo. Un Galileo androide. Cambia todo el sentido de la obra. Y también hay cosas de orden práctico. Se facilita el laburo. Pensá que los tengo a Lucio, a Analía, a Claudia... Lo puedo llegar a tener a Horacio, pero después... Ya no tengo ganas de empezar de cero con nadie ni tiempo que perder con pendejos que no saben llegar puntuales a un ensayo ni leer un texto de corrido. Olvidate de las estrellitas con pretensiones. Configurás y listo. Me imagino que vienen con los manuales, con todo. Y si no, buscamos algún pibe de la Tecnológica que los venga a programar. Total, con menos cabezas para dividir la guita, no nos va a alterar el presupuesto. Ya sé que no tiene nada que ver con lo que venimos haciendo. O no, no sé. Si te ponés a pensar... Y a vos no te cambia nada, porque la escenografía es escenografía. Y de última, será una ruptura, una nueva etapa, que le pongan el nombre que quieran. A mí, que me dejen hacer teatro. Lo demás, a esta altura, me importa poco y nada.



Relato inédito, 2016

La cuenta

Santiago Dabove
(Morón, 1889)

La peor desgracia quizás es la que consiste en dar preferencia al “contar” y no al “sentir”. Agotada su juventud por los excesos y enfermedades, y hundido su sentir en el egoísmo, que es la más dura cárcel del espíritu, sólo le quedó el contar, y ¡qué contar! No era el contar del “latero” o del logrero trivial. El suyo era otra cosa. Consistía en el mero contar numérico, sin objeto: el derrumbe de la inteligencia.

Mientras gran parte de la humanidad marcaba el paso, azuzada por la más imbécil y suicida de las convicciones, él, hombre concluido, hombre en ruinas, “relámpago entre dos infinitos”, se había impuesto la tarea de ¡contar el tiempo del Cosmos! ¡Linda época! Bien comprendía con la mísera luz que aún quedaba en su mente que, sin su contar, nada se paraba ni dislocaba, pero él no podía dejar de contar.

Ni siquiera la pérdida de esa cuenta le revelaba su inutilidad. Tercamente volvía a empezar, como si conviniera a su egoísmo y ensimismamiento relojear minúsculamente la creación. La mente agotada, anulada, no daba paso a otra cosa. Su

alma que, en otro tiempo, tuvo tan linda acústica, tanta deliciosa resonancia, lloraba ahora por la monotonía mortal. La creación era en adelante una Biblia vieja y deshojada, menos aun, una parte de este libro, la de los “Números y las crónicas” y él, un viejo reloj de pared, de atraso inmemorial, pero cuyo péndulo no paraba nunca su tic-tac.

Recuerdos de amor y de amistad, ternuras maternas, esperanzas nuevas, todo fue convocado para crear una fertilidad mental que diera colores, aromas, sonidos y blandura amorosa para oponerlos a la repetición, a la cuenta implacable. Todo fue en vano. Cada vez duraban menos las pequeñas claridades de vida mental. El absurdo contar duraba en cambio todo el día y muchas horas de la noche. El insomnio corroía su cerebro. El movimiento, los pasos, la masticación, el rascarse, los ademanes, las ojeadas, todo entraba en ese eterno: un, dos; un, dos, tres; un... dos, que era moderado a veces, otras rápido y, algunas veces, solemne: Uuuun... doooooos... y que nunca dejaba entrada a un pensamiento. Así, pues, no se sabe cómo, entró el de su salvación. Sí, su suicidio era algo indefectible, impostergable.

En el pasado, varias veces, su cerebro había decretado esta huelga con posibilidades eternas, pero las vísceras, esponjas absorbentes de vida, estaban tan sanas que ahuyentaban la amenaza de los nervios mal templados. Ahora mismo sentía que su cobardía era infinita y que su resolución sería siempre un grito que se apagaba en ecos, y la muerte no tiene eco. Pero... esta vez “había que matarse”, porque el alma lloraba. Exhortación, pedido dulce más firme de oprimida. ¡Era necesario, era necesario! Pero... ¿de dónde sacar valor suficiente?

En esa lucha con el miedo, imaginó un ardid, una extorsión contra sí mismo. Él vivía solo, en un suburbio. Compró con anticipación a un comerciante amigo una modesta decoración fúnebre, con su correspondiente ataúd, diciéndole que era para iniciarse en el negocio. Se fingió enfermo, se decoró con todos los avíos de la muerte, como un Frankenstein. Ayudado por una enfermedad no simulada convenció al barrio de

su muerte próxima. Una tarde hizo anunciar por su sirviente que en su casa había “velorio”, a muchos amigotes que antes fueran comensales suyos en groseras parrandas, juegos y vicio alcohólico.

He aquí su plan: atraerse un público, darle de comer, de beber, y más tarde pedirle que se quedara a presenciar el espectáculo de su propia muerte. Esperaba que esa promesa, ese compromiso con su público, lo alzara al valor necesario para el suicidio. Dispuesto todo así, ¿cómo echarse atrás?

Se hizo la farsa como él dispuso. Dio dinero suficiente para acallar dudas y temores. Una mascarilla de sí mismo, una armazón, algunas sábanas y ropas fingían en el ataúd su presencia. Al anochecer, la casa se pobló de esas “gargantas secas” que piden líquido con indirectas, de esos comentadores de juegos pasados y presentes y de esos celebradores de la erótica archisucia y del ingenio estercolero.

Ya, al amanecer, cuando el tenor alcohólico se elevaba a altos puntos, fue por los fondos a la casa del vecino, con el que estaba de acuerdo, y subiendo a una escalerita, traspuso la pared divisoria y se tiró al patio principal de su propia casa, haciendo una entrada algo pomposa de espectro.

La espantada de paisanos, puebleros y matones fue casi general. Se pegaban a las paredes. Con manos temblonas algunos sacaron facones y revólveres, no para ofender, sino como quien dice: “¡cruz diablo!”. Él avanzaba grave, pensando en lo mucho que puede intimidar una cobardía. Luego dijo:

—Sírvanse de algo, señores. Yo soy el que van a enterrar mañana a las diez los que tengan corazón —No sabiendo qué añadir agregó—: Esto que ocurre es un misterio, pero tranquilícense. El que debía morir no ha muerto, y yo soy el que debe morir en su lugar.

Por las pintas, nadie entendió ni jota. Pero, sin duda, las palabras “debía y deber”, al entrar en el cuadro de su rutina, actuaron como quietadoras. Llamó a varios conocidos, que fueron seguidos de otros invitados y los llevó ante la caja fúnebre. Desbarató la leve apariencia de muerte. Luego les dijo:

—Amigos, no recelen. Aquí nunca hubo un muerto. Si los traje acá, fue con “mi más y menos”. Les seré franco: no me atrevo a matarme en la soledad, y la presencia de ustedes puede ayudarme a morir.

Algunos se fueron, pero quedaron los “suficientes”. Les hizo dar barajas, bebidas y tabaco. De cuando en cuando, se paseaba entre las mesas como un héroe o un violinista. Quería saber si estos admiradores de riñas de gallos, estimarían su riña con el destino. Pero ellos sólo se interesaban por el mundito arbitrario que crea el naipe, sin importárseles un pito de la vida o muerte de nadie.

Pasadas varias horas, tuvo algunos momentos de acobardarse y hasta pensó en irse a dormir, como si todo fuera una de esas farsas de mal gusto, que abundaban en ese tiempo. Se iba ya, cuando advirtió algunos ojillos malévolos de gentes que, pareciendo jugar, lo observaban... Ellos, ¿no serían los espectadores del desenlace prometido?

Eran ya las siete de la mañana. Un compinche plomero, apalabrado, estaba con el soplete listo para estañar junto al ataúd. La mayoría de los concurrentes jugaba. Comprobada esta indiferencia ya iba a decir: “estañen”, resuelto a que todo terminara en broma lúgubre. Pero advirtió que desde un grupo, unas cuantas pupilas burlonas seguían todos sus movimientos. Hasta oyó ironías y comentarios despectivos, poniendo en duda su valor.

Desde ese momento se consideró “la hostia, la carne de Sacrificio”. Estaba de pie junto al ataúd, rodeado por multitud de ojos: los irónicos de los concurrentes, los interrogantes del plomero. Su mano derecha ocultaba una pequeña pistola automática que empapaba el sudor. La colocó por un momento en el bolsillo del saco. Se palpaba los brazos, alternadamente, con una y otra mano; se tocó las piernas, se tomó el pulso: se puso una mano en el corazón para ver si latía. ¡Situación ridícula y grotesca determinada por su misma idiotez!, pensaba.

...Precisamente, en ese momento decisivo, había olvidado la “cuenta” y una vida desbordante le ofrecía instantánea espe-

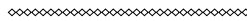
ranza. ¡Vivía! ¡Estaba vivo! ¡Vivir es lo importante! ¡Vivir para pasearse al Sol, volviendo a descubrir la belleza del mundo!

¡No se mataría, por burlonas que se volvieran las pupilas!... Con euforia jocosa abrió el ataúd y se acostó en su lecho. Se sorprendió al sentirlo cómodo y mullido. Ensayó una suave posición de despedida, inclinándose al costado izquierdo. ¡Hermosa broma todo esto, tónico que le haría tomar nuevo gusto a lo vida!

Incorporóse. Miró de nuevo a los contertulios. Pensó: “¿Cuántos estarán por mi salvación? ¿Cuántos por mi inmolación?” Los rostros irónicos velaban su picardía... ¿Cuántos? Volvió a mirar. “¿Quiénes son mayoría, los indiferentes, los sacrificantes? A ver... uno, dos, tres, cuatro”... Palideció, recordó la “cuenta”, el desierto mental de la “cuenta”, sus pasos en ese desierto más seco que las Arabias pétreas y los Saharas y donde la inteligencia y la sensibilidad estaban suplantadas por la “cuenta”... Las pupilas de la concurrencia se entristecían como luces de naufragio... Se puso de pie...

—¡Firme! —dijo— uno, dos, tres...

¡Y se hizo la venia que parte el cráneo!



Cuento publicado en
“La muerte y su traje”, 1961, Las Caurentas, 2015

El Ojo

Liliana Colanzi

(Santa Cruz de la Sierra, 1981)

A ella le cayó mal desde que él la dejara plantada a última hora para un trabajo de grupo durante el primer año de la universidad. Estoy enfermo, dijo él por teléfono con el tono de voz neutro de quien no reclama simpatía, y ella ofreció hacerse cargo del trabajo. Esa noche, mientras ella regresaba a casa en el auto de su madre —el trabajo hecho y cuidadosamente copiado en una flash memory—, lo vio caminando por la calle de un mercado junto a una chica goth, las manos en los bolsillos y la mirada fija en algún punto en la distancia. La chica le pareció un vampiro con zancos que movía agitadamente las manos mientras hablaba; él, en cambio, se limitaba a asentir, la cabeza un poco inclinada, avanzando hacia la oscuridad de la calle.

Se quedó paralizada en medio del tráfico, demasiado aturdida como para decidirse a avanzar o llamar al chico por la ventanilla del auto. Más tarde, mientras cenaba con su madre, regresó una y otra vez a la misma imagen, a la expresión atenta

de él y a la chica vestida de negro, semejante a una urraca o una viuda. Sintió náuseas.

Estás rara, le dijo su madre, escrutándola por encima del plato de raviolis. Algo has hecho.

Simplemente estoy cansada.

¿Es un hombre?, insistió la madre, y la chica negó con la cabeza y se puso colorada. La madre acostumbraba a revisar el kilometraje del auto cada día para asegurarse de que no se fuera a otra parte en las horas en que debía estar en la universidad.

El Enemigo viene disfrazado de ángel, la madre prosiguió, pero su verdadero rostro es terrible. No te olvides nunca de que llevas su marca en la frente. Él conoce tu nombre y escucha tu llamado.

La madre hizo la señal de la cruz y la chica se atragantó con un raviol. Hipó.

Muéstrame las manos, ordenó la madre.

Mamá, protestó nerviosamente, pero la madre insistió. La chica colocó con reticencia las manos pecosas, de uñas mordisqueadas, sobre el mantel a cuadros. La madre las inspeccionó y, con un gesto rápido, se las llevó a la nariz.

Basta, gritó la chica, desasiéndose, y corrió a su habitación. Echó el cerrojo a la puerta y se tiró de bruces en la cama, donde sus muñecas —regalos de su madre que no se atrevía a arrojar a la basura— la observaban con sus implacables ojos de vidrio. Todavía la abrumaba el peso de la traición del chico. Cuando el profesor explicó días atrás que los trabajos se realizarían en grupo, ella se acercó de inmediato a él: lo había escogido. Era la primera vez en su vida que tomaba la iniciativa. Al pensar en lo que había arriesgado mintiéndole a su madre para poder reunirse con él, en lo comprensiva que se había mostrado ante su enfermedad ficticia, en el tiempo que le había tomado hacer la parte del trabajo que le correspondía a él, en el maquillaje estridente de la chica gótica, algo en ella se agitaba como ante la presencia de una víbora. El mundo, de pronto, era un lugar hostil. Quería graduarse con honores para después postular a un doctorado en el extranjero y así ale-

jarse para siempre de la estricta vigilancia de su madre, de su Ojo que lo abarcaba todo. La mentira del chico era una afrenta personal, un atentado contra el futuro que había diseñado para sí misma, contra su idea de la felicidad y del mundo, y de pronto se sintió impotente y estafada y a punto de llorar.

Corrió al baño, montó el pie sobre el inodoro y se levantó la falda. Tomó la navaja y, sin un solo suspiro, se hizo un corte transversal en el muslo, donde desvanecían algunas cicatrices antiguas. Luego se dio tres, cuatro, cinco cachetadas veloces, hasta que el espejo del baño le devolvió la imagen de sus mejillas encendidas. Entonces se acomodó el cabello detrás de la oreja, se limpió la sangre del muslo con un pedazo de papel higiénico que tiró al inodoro y luego volvió a la cama, donde permaneció leyendo *El maravilloso secreto de las almas del Purgatorio*, de Maria Simma, hasta quedarse dormida.

Al día siguiente llegó a la universidad con el trabajo impreso. Había borrado el nombre del chico. Anticipaba su reacción cuando se enterara de las consecuencias de su mentira: el trabajo final era decisivo para aprobar la materia. Lo imaginaba confundido al verse descubierto, tartamudeando excusas para finalmente aceptar la evidencia de su engaño. Dejaría que le rogase un poco antes de volver a escribir su nombre en la carátula en un último gesto magnánimo, para enseñarle que ella sabía perdonar. Solo entonces el orden de las cosas sería restablecido. Sin embargo el chico no llegó jamás a clases y ella entregó el trabajo sin su nombre, y no supo más de él ni intentó acercarse nunca más a nadie.

Por entonces la madre había comenzado a olisquear la ropa interior de la chica a sus espaldas, e insistía en dejarla en la puerta de la universidad y en pasar a buscarla todos los días, a pesar de que se trataba de una precaución inútil. Mi madre tiene razón, pensaba la chica. Llevo una marca que me separa del resto como el fuego. No había forma de borrar la marca, de disimularla. Así que se empeñó ciegamente en conseguir notas perfectas, hasta que una profesora la llamó un día a su oficina y le informó que no le daría la nota máxima aunque hubiera

cumplido con todas las tareas.

Usted, señorita, lo que tiene que hacer es aprender a desobedecer, le dijo, mirándola con impaciencia. O mejor dicho, aprender a pensar por usted misma, que no es lo mismo que memorizar.

La chica —que amaba y temía a la profesora— se ruborizó violentamente, apretó la mochila contra el pecho y no dijo nada.

Usted confunde inteligencia con memoria, repitió la profesora.

La chica no levantó los ojos. Un temblor imperceptible le cruzó los labios. La luz de la tarde hizo resplandecer las partículas suspendidas en el aire.

Eso era lo que tenía que decirle, dijo la profesora.

La chica murmuró una disculpa y corrió a encerrarse en uno de los baños de la universidad. Las paredes estaban cubiertas de garabatos superpuestos: Puta la que lee esto viva el pichi Yeni ve visiones FEMEN viva el MAS mujeres libres, lindas y locas TE VOY A MATAR PUTA DESGRACIADA. El corazón le golpeaba enloquecido. Se inclinó sobre la tapa rota del inodoro y empujó dos dedos hasta el fondo de su garganta. La comida del almuerzo salió casi sin esfuerzo, convertida en una papilla amarillenta. Utilizó los dedos hasta escupir un líquido amargo que le incendió la garganta, pero el alivio tardaba en llegar. Desde el inodoro, emergiendo en medio de una burbuja de vómito, vio aparecer al Ojo. Carecía de párpado; sin embargo, la chica reconoció en el iris azul oscuro la mirada —¿burlona? ¿amenazante?— de su madre. El Ojo —¿era posible? — sonreía. Largó la cadena. Un chorro de agua se llevó al Ojo y a los restos de la masa amarillenta. Antes de salir del baño, la chica miró varias veces por encima del hombro para cerciorarse de que el Ojo no volviera a aparecer flotando desde las cañerías.

A partir de ese día agudizó todos los sentidos. Esperaba aquello que iba a suceder, porque algo estaba claramente a punto de suceder: debía ser importante para haber despertado

al Ojo. El Ojo —así lo había entendido— era la señal. Por eso no sufrió ni se tajeó los muslos cuando la profesora le dio una nota mediocre por el trabajo final —con un solo comentario: “¡Piense!”— ni se inquietó al descubrir a su madre cada vez más absorta en el bordado del camisón que quería llevar puesto al momento de su muerte. Su madre, no tuvo dudas, también esperaba.

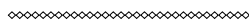
Faltaban pocos días para la Navidad cuando se encontró con el chico en una calle del centro. Ella caminaba mirando la nieve artificial de las vitrinas cuando chocaron de frente. Él la saludó como si nunca hubieran dejado de verse en todos esos meses. Durante ese tiempo, notó ella, la cara de él había perdido la redondez de la infancia. Era una cara hermosa, afilada y distante. La cara de alguien que aún no es del todo adulto pero que nunca ha sido un niño. Ella cruzó la mano instintivamente sobre su cartera. Él dijo que iba al cine, ella no se sorprendió cuando la invitó a acompañarlo. Pensó en su madre esperándola en la casa, observando a intervalos cada vez más breves el reloj de la cocina mientras bordaba el camisón a velocidad alucinada, pero ya sus pasos iban tras los del chico. Durante el camino se dijeron poco. Ella le preguntó tímidamente por qué había abandonado la universidad. Él contestó que la universidad lo aburría y que ahora tenía una banda de rock. A esto ella no tuvo mucho qué agregar; por suerte el chico caminaba con los oídos cubiertos por los audífonos de su iPod. En la taquilla del cine cada uno pagó su propia entrada. Era la función de la tarde y una pareja de niños se entretenía arrojando pipocas al aire varias filas más adelante. Apenas se apagaron las luces y las letras ensangrentadas anunciaron el nombre de la película, los dedos de él se cerraron sobre su muslo. Tú eres aquel que viene y toma, pensó ella, y un espasmo le recorrió la espalda con la intensidad de un relámpago. En la pantalla un enorme monstruo verde se deslizaba en medio de una selva tenebrosa. Se estremeció. El Ojo acababa de brotar de entre el follaje de los árboles y ahora se dirigía flotando hacia ella; se detuvo a pocos centímetros de su asiento, brillando acusador

en la oscuridad. Procuró espantarlo cerrando los ojos. Llevas la marca de tu origen en la frente, le susurró la voz de su madre al oído. Pero la lengua del chico le hacía cosquillas en la oreja. Pequeño cordero en la colina, rezó, corre lo más rápido que puedas, tu vida ni siquiera empieza, ni siquiera ha empezado. El chico le succionó los dedos de la mano, uno a uno, mientras sus propios dedos buscaban el camino hacia la boca de ella y en la pantalla una mujer aullaba, arrollada bajo una cosechadora mecánica que avanzaba enloquecida. Las tripas de la mujer salieron volando a un costado. La chica soltó un suspiro y mordió a ciegas las yemas de esos dedos que hurgaban en su boca. Yahvé Dios hizo llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego, chilló enfurecida la voz de la madre, y las butacas del cine se elevaron unos centímetros por encima del suelo. Los niños de la fila de adelante gritaron de placer. El chico se abrió la bragueta, y sosteniendo a la chica por el cuello, forzó su cabeza sobre su verga. La chica empezó a chupar, a ahogarse con los pelos de él, que la sostenía por la nuca y los cabellos sin delicadeza alguna, y entonces ella fue tocada por la gracia como un haz cegador de luz que la inundaba. Entendió que había sido traída al mundo para ese momento, y que todo lo que había sucedido hasta entonces no era otra cosa que una preparación para ese encuentro, para el momento de una revelación que la superaba y ante la cual se rendía por completo, como ante la corriente de un río bajo el sol del mediodía. Era el chico quien la había elegido. El chico había esperado desde el principio de los tiempos el momento en que, a través de ella, echaría a andar los motores de la gran destrucción. El chico era el Enemigo del que siempre le había hablado su madre, pensó, maravillada, y su propia vocación —ahora lo sabía— había sido la de abrir las compuertas del vacío. ¡Qué destino el suyo, el de propiciar la llegada de la noche de los tiempos!

¿Estás bien?, murmuró el chico, algo molesto, subiéndose la cremallera del pantalón, pero a ella —la cabeza aún apoyada en su entrepierna— ya no la alcanzaban las palabras. El Ojo había desaparecido y la chica podía sentir en sus huesos

el crepitar de las primeras bolas de fuego que se dirigían hacia la tierra.

Había empezado.



Relato incluido en La Ola, Montacerdos, 2014

¡Pielles Rojas!

Pablo Natale
(Córdoba, 1980)

*“De golpe queda claro que ya no la noticia que viene de
lejos,
sino la información que sirve de soporte a lo más próximo,
cuenta con la preferencia de la audiencia”
(W.B.)*

(I): El avance

A la casa de enfrente se mudaron unos pieles rojas. Llegaron en un camión de mudanza, como cualquier persona normal. Más tarde llegó una pequeña camioneta amarilla. Un indio enorme abrió la puerta del lado del conductor y sacó todo el cuerpo por ahí. Era como si un toro saliera por la ventana del baño de una granja. Escribí eso en rojo, en

medio del piso. Lo volví a leer. La imagen era correcta, estaba bien. Un toro da miedo, por más que salga por la puerta o por una botella de agua mineral. El indio tenía la piel color ladrillo, el pelo negro, largo, le llegaba a la cintura. Era un pelo muy hermoso, atado en dos trenzas largas, simétricas, y perfectas. Se movió con paciencia y agilidad hacia la parte de atrás de la pequeña camioneta. Pensé “acá sale otro indio”, pero sólo se bajó el mismo de antes con una jaula. De la jaula salían unos bigotes y algo brillaba detrás, quieto, animal y dormido. Luego supe que era un gato. Me tomó mucho tiempo descubrir si su pelo era negro, blanco o gris. En realidad, ese descubrimiento es algo que pasó después.

El indio enorme volvió a la camioneta. Se movía con una seguridad inhumana, como si realmente, después de salir, pudiese volver a entrar. Una vez dentro, puso una mano gigante en el volante mientras apoyaba el codo o la pierna en la ventanilla. Miró de reojo. Una trenza salía por un costado, era como un tatuaje de pelos en la puerta amarilla del conductor.

“¿Qué te pasa?”, preguntó.

No contesté. Pasaron unos segundos, me miraba fijo, apenas si se movió.

Después encendió el motor de la camioneta.

“Infierno vacío, se llama”, me dijo, antes de arrancar.

Escribí el nombre del gato en el margen izquierdo de una baldosa.

(II): Contemplación de la montaña

El indio de la camioneta amarilla durante un tiempo no volvió. Mientras tanto en el barrio todos parecían haberse acostumbrado a la presencia de los pieles rojas. En realidad no era muy difícil hacerlo, ya que apenas si se los veía. Sa-

lieron por primera vez la noche de la mudanza, cuando llegó un camión con pequeñas piedras que fueron depositadas en la entrada del garage. Los pieles rojas eran tres: dos hombres que desde lejos parecían gemelos y una mujer con botas, rostro café con leche, pantalón corto y camisa escocesa gris. A partir de entonces, ocasionalmente, se los veía salir y buscar algo entre las piedras. No, no es así. No buscaban algo entre las piedras, sino piedras entre piedras. Se la daban a la piel roja de camisa escocesa, que no decía nada y, luego de examinarlas con cuidado, las colocaba en el bolsillo izquierdo o derecho del pantalón. Durante mucho tiempo nadie, salvo los indios, entró a la casa. Era raro. Como si otra vez nadie viviera allí, pero además como si algo malo hubiese pasado y nadie quisiese, siquiera, mirar. Una semana y media después de la mudanza, Alba Quincy atravesó curiosa el portón. Tenía un vestido de colores un poco transparente y debajo llevaba una calza. Caminaba despacio, calculando cada paso, los pies apretujados bajo unos zapatos con tacos color azul. Llevaba una taza vacía en un plato de porcelana, que no paraba de temblar. Buscaba azúcar, polvo para lavar la ropa, levadura o sal. No la atendieron, si bien haberlo hecho hubiese, a efectos prácticos, carecido totalmente de sentido. Nada podía sostenerse en esa taza, que estaba condenada, bajo cualquier pequeño movimiento nervioso, a caer.

Durante la noche, en la parte de atrás de la casa, se veía una hilera de humo, creciendo de manera vertical hacia el cielo. Detrás de eso, como una sábana que no las puede tapar, se recortaba la solidez de las montañas, que son cosas que están ahí y que nunca se van a mover, al igual que el polvo en una vieja película.

(III): Chica fácil

El tiempo pasaba rápido. El piso de la entrada de mi casa estaba todo escrito, ya casi no tenía lugar. La tarde del nueve la señora piel roja saltó, con mucha agilidad, el portón, y se dirigió a paso de tigre hacia mí. Tenía la misma camisa escocesa, la mirada negra, presente y perdida. Se acercaba cada vez más, pensé que iba a traspasarme y desaparecer. Me quedé quieto, buscando un lugar vacío en el que anotar. Cuando levanté la vista, ella ya estaba allí. Empezó a tocarse uno de los senos con el revés de la palma de la mano como si con eso me quisiese comunicar algo, me miraba a los ojos y estaba parada, sin hablar.

Después desvió la vista hacia el piso. “Infierno vacío”, leyó.

No contesté.

“Ése es el gato”, dijo.

Ella seguía parada allí y el tiempo pasaba; la luna empezó a salirle por detrás.

“Me llamo Leonor”, anunció.

“Aunque Eugenio me llama ‘Chica Fácil’”.

Sonrió y movió hacia mí una de sus piernas. Repentinamente las cruzó, puso una mano arriba de la otra, sacó un cigarrillo y empezó a fumar en esa posición que me hacía recordar una silla o una mesa, de mimbre o de cristal.

“A Eugenio antes lo llamaban ‘Caballo corriendo bajo el blanco del Sol’”.

“En cambio a su hermano le seguimos diciendo igual”.

No tengo más espacio para escribir, le quise decir, con la mirada.

(IV): Consejo de vecinos

La semana del veintitrés los vecinos empezaron a hacer

mucho ruido debido a que se acercaba el día de la fiesta de la ciudad. Había mucha gente caminando por la calle, aunque la casa de los pieles rojas parecía, hace tiempo, un agujero amarillo o azul metido delante del monte, en el medio de la ciudad. Se preparaban carrozas, máscaras y juegos con dinero. También, decían, iba a llegar el secretario mayor de la ciudad. En esos días, sin embargo, empezaron a aparecer, en diferentes lugares, destrozos. Cabinas de teléfono arruinadas, vidrios rotos en los locales del centro; incluso llovió y del agua brotó, como una serpiente, la crecida.

“Son unos salvajes”, mascullaban algunos vecinos.

La casa de los indios estaba cada vez más descuidada. Las piedras seguían allí, sacaban demasiado pocas para que se modificara la proporción. Las plantas y el pasto habían crecido, una de las ramas de un árbol aparecía tan cargada de frutas que ya no era una rama sino el brazo roto de un oso en medio del piso.

Las orejas del gato se movían entre la hierba. Estaba agazapado, esperaba algo.

(V): Jesús Brown

Hasta que vi asomarse, desde atrás de una ventana, a Alba Quincy. Ese mismo día, noté, cruzando la esquina, a Jesús Pardo. Era profesor de escuela primaria, tenía las manos muy largas, nadie sabía si era soltero o no. A Jesús le encantaban los perros, si un perro venía de golpe y lo encaraba, Jesús Pardo le daba una patada en el centro del hocico pero después sentía culpa, le daba, durante meses, de comer. Por eso caminar una cuadra le tomaba tanto tiempo: tenía que saludar con cariño a cada uno de sus perros y además les hablaba. A Jesús Pardo, profesor, le gustaba hablar mucho. Hablaba tanto que a veces contaba buenas historias, pero era,

sobre todo, una cuestión de aprendizaje lento, de repetición. No tenía nada que ver el perro al que Jesús Pardo le contaba la historia, aunque generalmente los del medio escuchaban la mejor versión.

A veces también, como ahora, me saludaba.

Al parecer uno de sus alumnos había escapado con un compañero de clase y, en lugar de volverse a su casa o salir del pueblo, se quedaron afuera del instituto lanzando insultos al primero que pasaba. Una pareja de paseantes reaccionó, empezó una pelea violenta con tomas de judo o de algún arte físico ancestral. El que iba perdiendo sacó un cuchillo, cortó la palma de la mano de uno de los contendientes que ganaba. La pelea, en ese momento, paró y, como si fuese el fin de una película, empezó la lluvia otra vez.

Al día siguiente los chicos que se habían fugado del instituto no aparecieron.

Al otro, tampoco.

Bavario, el otro indio piel roja, nos observaba con mirada hosca desde el otro lado del portón.

(VI): Mirada hosca y Chica fácil

“¿Qué mirás?”, dijo otra vez Bavario, pero ahora cruzando la calle, ya del otro lado del portón. Caminaba descalzo, aunque parecía como si llevara botas. Se agarraba las manos, las entrelazaba, hacía sonar sus nudillos. Tenía los ojos negros y perdidos, igual que los demás. La boca gruesa, carnosa, y una cicatriz en el lado derecho de la cara, desde el vértice producido por la unión de los labios al comienzo gris verdeazul de uno de los ojos. Esa cicatriz lo diferenciaba de Eugenio, quien sólo tenía marcas en el pecho, en las piernas y en el brazo.

“Balas”, me había dicho Leonor.

“La vida es como dos balas, en el momento en que una se cruza con la otra”.

Cada vez más oscuro y más enorme ese cuerpo de pies descalzos.

“¿Qué mirás?”, me repitió Bavario.

En la pirca de la casa, el gato esperaba sentado. Las dos patas delanteras estaban, casi, una sobre otra, la cola debajo, como si el gato se hubiese cazado a sí mismo y ahora fuese el turno de esperar. Tenía las orejas erguidas, apuntando hacia piel roja o hacia mí.

A Bavario los nudillos de la mano le seguían sonando; insistía, parado allí. Tan cerca que, si no hubiese sido por los agujeros producidos por el movimiento en los dedos de la mano, sólo lo hubiese visto a él.

“Vamos a casa”, dijo Leonor, apareciendo por detrás.

Piel roja no se movía, el pelo suelto y negro empezaba a ocupar todo el campo de visión.

Leonor lo abrazó por la espalda, como un oso a una serpiente, y se lo llevó.

“Uno de estos días vamos al río”, me dijo.

Cuando Bavario se retiró, vi que el pelo negro le llegaba más abajo que la cintura y que, como una bandera, flameaba.

(VII): Observaciones en el agua

Leonor siempre tenía el rostro relajado, distendido, debía dormir muy bien. Si había sol, por un efecto extraño de la luz, la piel le brillaba. O quizás no era la luz, sino Leonor. Se movía con mucha agilidad, no hablaba rápido, pero tampoco lento, como los demás. Parecía que hablaba menos por hablar que por otra cosa, como si estuviese buscando algo que siempre se le volvía a perder. La miraba y anotaba todo esto en el piso, la lluvia y el tiempo habían ido borroneando

las cosas y sin embargo, otra vez, casi no quedaba espacio.

Leonor saltó el portón y me vino a buscar. Llevaba un pantalón vaquero cortado por la mitad, marrón. Había sol, y las piernas le brillaban, igual que la cara, los brazos desnudos, los senos y toda la parte de la cintura que dejaba ver una camisa escocesa roja, que parecía haber sido cortajeada y luego vuelta a cortar.

Fuimos al río. Los árboles ya no guardaban nada de lluvia y los perros se volvían a lamer. El aire era nuevo, distinto, con el leve pero reconocible gusto de un cambio momentáneo y caprichoso de estación.

Nos sentamos arriba de una piedra alta, mirando el agua.

Leonor se empezó a quitar la ropa, quedó aún más desnuda. Luego saltó.

La vi caer al agua, el movimiento fue tan preciso que casi no alteró la superficie del río. Ahora se sumergía, iba y venía, a veces nadaba tan hondo que no la podía encontrar. Después descubrió una cascada con un hueco debajo. Me la señaló, al tiempo que explicaba algo que yo no lograba entender.

En la cascada, el agua caía y los pelos amenazaban irse con la corriente, pero se quedaban allí.

“No te queda lugar. Vas a tener que usar la calle”, dijo Leonor.

Tenía seis piedras de distinto color en la mano.

Me señaló una.

Ésa era yo.

(VIII): Limpiarás la llanura de animales

Al regresar, Eugenio, Bavario e Infierno vació esperaban, cada uno sentado en una columna diferente de la pirca que

rodeaba el portón. No hablaban, no se indicaban nada, apenas si se movían. Bavario y Eugenio tenían el rostro erguido, miraban con cierta preocupación la entrada de casa. El gato, en cambio, estaba entredormido, los ojos casi cerrados, pendiente y, del mismo modo, ausente del lugar. Leonor acarició levemente al gato y se dirigió a la parte de atrás. Bavario seguía callado, Eugenio tenía las manos puestas en la parte de atrás de la cabeza y, por primera vez, habló. Dijo que habían movido los muebles del patio, que ahora tendría más lugar, mucho más lugar para escribir.

(IX): El regreso de la camioneta amarilla

Casi por casualidad había encontrado, entonces, más lugar para escribir, y repentinamente empezaron a pasar muchas cosas. El piel roja de la camioneta amarilla, luego de tantos meses, regresó. Sacó una maquina extraña de la parte de atrás de la camioneta, algo inconcebible, a lo que todavía no le encuentro nombre. Él se llamaba Norberto, o así se hacía llamar.

“Búfalo sentado”, me dijo, mientras se tocaba el pecho con el revés de la palma de la mano.

Luego asintió, como si yo hubiese respondido algo, y se fue.

El humo detrás de la casa empezó a flotar más temprano. Luego hubo luna llena, una luna extraña, roja, gris y algo azul. Jesús Pardo caminaba con desesperación. Balbuceaba cosas, miraba el piso con una mueca de horror. Tres chicos de la institución habían llegado a la clase con un gesto nuevo en el cuerpo, la cara corrida de lugar. Uno de ellos dijo que habían consumido peyote. Los padres de ése, contaba Jesús Pardo negando con la cabeza, se habían divorciado años atrás.

“El tiempo es una casa de madera que se deshace”, contó

que habían repetido, por turnos, cada uno de los tres.

Mientras me decía esto, miraba hacia todos lados, espantado.

Miraba hacia todos lados, menos hacia el agujero azul.

(X): Cabellera oculta

¿Fue la mañana del trece que todo empezó? El Instituto no dictaba clase, la gente, en general, ese día no salió de su hogar. Quizás por eso los movimientos eran más claros, tranquilos, lentos y precisos. Bavario cruzaba continuamente el portal, llevaba y traía cosas de la camioneta. Las piedras no, hace rato las habían dejado de tocar, la solución, con el tiempo, les había sido dada.

Eugenio asomaba la cabeza por la ventana, le gritaba cosas a los otros dos. Me di cuenta de algo que siempre supe pero que nunca había llegado a pensar: Eugenio no tenía ojos enormes sino que, sencillamente, usaba anteojos. Leonor estaba sentada, otra vez, a mi lado. El tiempo pasaba muy rápido, pero todo era muy claro, el sol saliendo detrás de la casa, para ir a posarse, lentamente, más allá.

Infierno vacío jugaba con las ramas de un árbol, con Leonor lo mirábamos jugar.

Norberto saltó por la ventana, se acercó sin mirarme, tomó a Leonor por la cintura y se la llevó.

Bavario seguía trabajando, a veces me observaba. Los otros tres pieles rojas habían partido. Entonces Bavario, con su pelo negro largo, se paró delante mío por segunda vez.

“Tiempo”, me dijo, pero mientras hablaba estaba pensando en otra cosa, algo con lo que yo, en realidad, no tenía que ver.

Hablaba cada vez más rápido, lo que decía empezaba a parecerse a un idioma extraño donde la lengua casi no se le

movía, la saliva pululaba y los gestos acompañaban, de manera desmesurada, el movimiento de los labios.

La cabellera oscura de Bavario era enorme. El contraste me ayudaba a darme cuenta de que terminaba el atardecer.

(XI): Contemplación de la montaña, segunda parte

Dos días después, el jueves a la tarde, Leonor me vino a buscar temprano. Caminamos por el sendero de la montaña, era algo que ella siempre decía que tenía ganas de hacer. Se había cortado buena parte del pelo; ahora lo tenía corto, la piel del cuello se le podía ver. En la parte de atrás, debajo de la nuca, tenía un tatuaje de un puma, un jaguar, un tigre o un león, sobre una esfera llena de símbolos, de color rojo, verde, gris o azul. Caminaba apresurada, no era, de ningún modo, su vieja forma de caminar.

Al llegar cerca de la cima nos sentamos. La ciudad era eso que estaba adelante y abajo, una mancha enorme y blanca, con líneas verticales y horizontales que la cruzaban. Me podía poner la mano delante de la cara y la ciudad desaparecía. Era eso, una ciudad fantasma, si se la miraba en esa postura, desde esa posición. Pero el mismo gesto de la mano podía eliminar, también, a Leonor.

Se recostó cerca de mí y empezó a hablar. Contó una historia sobre un vacío en un desierto donde gente rara esperaba carretas al pasar. Una noche salió un hombre de la carreta, enloquecido, movía las manos hacia todos lados, como si tuviera un ataque de epilepsia. Pero no se tiró en el piso ni se quedó quieto. Empezó a tocar a cada una de estas personas raras, quienes, simplemente, se quedaron mirando.

Al hombre gris, tiempo después, lo empezaron a llamar “Viruela”, “Oro” y “Ferrocarril”.

Pero nunca daban con el nombre.

Y no quiero que escribas eso.

(XII): Piedras en el garage

Finalmente, no se puede saber si las cosas empezaron la mañana del trece o tiempo atrás. Cuando regresamos con Leonor los otros no estaban. Jesús Pardo caminaba ida y vuelta por la calle de los indios, de la mano de Alba Quincy, como en una película de suspenso y amor. Era como si todos estuviesen esperando algo que se estuviera por confirmar. Leonor apoyó su mano en mi hombro, dijo que volvería, pero tampoco volvió.

La policía llegó más tarde. Se movían rápido, metían luces en todos lados, uno de ellos miraba las piedras, tratando de entender. También llegó una ambulancia, dos personas llevaban sábanas. Sacaron un hacha enorme, de colores; la jaula del gato, una bolsa de ratones muertos, dos libros con tapa roja, una malla con una chica dibujada que llevaba bigotes, dos ukelele y ropa muy grande que los policías tuvieron que gastar mucha fuerza y mucho tiempo en mover. El policía de las piedras seguía mirando: algo no estaba claro. Entonces giró la cabeza bruscamente hacia mí.

“Viruela”, “Ferrocarril”, “Oro”.

Un poco de humo, detrás de la casa, flotaba.

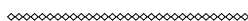
Pero ya era un humo completamente distinto.

(XIII): Huellas

Leonor también contaba otra historia: era de un indio piel roja que se había retirado a una montaña a mirar todo

desde ahí. Hubo una batalla importante entre los pieles rojas y unos soldados. El indio miraba, tenía las piernas cruzadas y, cada vez que salía derrotado uno de los indios cerraba, más y más, los ojos. Los pieles rojas, al verlo, no sentían humillación o cierto sentido de la derrota, como los soldados podían suponer. Cuanto más cerraba los ojos ese indio, más iba a tardar la batalla en volver a empezar.

Alba Quincy camina ida y vuelta por la calle, cargando bolsas de almacén. Está un poco más gorda y sonríe, en su vestido floreado. En la otra calle se escuchan unos ladridos, debe ser Jesús Pardo que ~~viene sonriendo~~ hacia acá. Pero son sólo los perros, no él. Tres chicos pasan corriendo detrás de otro más pequeño, con cara de mujer. Tienen piedras en las manos y uno de ellos le lanza una, aunque no logra acertar. El gato mira, asustado, desde el otro lado del árbol. Tiene la cabeza y las patas escondidas entre las hojas, pero deja ver el brillo de sus ojos. Mueve la cola y se empieza a acercar. Cuando me mira, me observa a mí y a algo que se encuentra a los costados y más atrás. Caminando con lentitud y coordinación, el gato atraviesa las palabras que se han ido borrando del suelo.



Incluido en “Un oso polar”, Nudista, 2015

Unimog

Félix Bruzzone
(Buenos Aires, 1976)

Cuando Mota recibió los bonos que el gobierno le dio por la desaparición de su padre decidió venderlos e invertir el dinero en la compra de un camión. Desde hacía tiempo pensaba ampliar el negocio de reparto de productos de limpieza y suponía que con un vehículo más grande que su vieja F-100 sería posible cargar de a dos o de a tres cisternas llenas, extender los recorridos y así ganar clientes en zonas alejadas.

Vicky le dijo:

-No deberías gastar todo en un camión. ¿No íbamos a terminar de construir la casa?

Es cierto, pensó él. Pero también pensó que el camión generaría una nueva fuente de ingresos y no prestó atención a las palabras de su esposa. Además, pensó que para las mujeres -o al menos para las mujeres como Vicky, siempre pendientes de los mínimos detalles-, una casa nunca llega a estar terminada.

Así, una mañana extraña en la que las nubes cubrían el sol, lo descubrían, oscurecían el cielo, arrojaban algo de agua y luego continuaban su marcha, Mota salió a averiguar dónde conseguir camiones buenos y baratos. Le hablaron de algunas concesionarias en la Ruta 8, en la 197, en la 202 camino a

Bancalari, en el Acceso Oeste; pero sólo en un galpón de Ramos Mejía encontró algo acorde a lo que buscaba. Allí, un tal Saba administraba una agencia. Varios camiones casi nuevos y otros no tan viejos se alineaban en hileras desiguales. ¿Cómo habían podido meter tantos camiones ahí adentro? Saba guió a Mota entre el apiñado lote y le mostró cada camión. Daba algunas explicaciones: este es una nave, vuela; este no gasta nada, una escupida de gasoil y llegás a Brasil; este no se rompe ni aunque lo tires montaña abajo; este, en cambio, es un poco más liviano, pero igual anda una barbaridad, hasta podés hacer jetski, ja. En tanto, Saba le daba a cada camión unos golpes con la palma de la mano o con los nudillos, lo que al parecer demostraba la resistencia de cada vehículo. O quizá a Saba le gustaba sentir el metal en la mano, y el ruido del metal de todos esos camiones que tenía que vender.

Pero Mota no quería gastar tanto, y cuando el vendedor notó que su cliente empezaba a desilusionarse lo hizo pasar a un pequeño depósito que se ubicaba un poco más atrás. Un desarmadero, pensó Mota mientras sorteaba pedazos de cigueñal y restos de viejas carrocerías. Entonces Saba abrió un portón y señaló hacia adentro:

-Este no se lo muestro a nadie, eh, -dijo-, y está a muy buen precio.

Mota se sintió paralizado por un momento. Después dijo:

-Un... un Unimog...

-Sí, estos los arreglás con un destornillador y una pico de loro, ¿por qué te pensás que los usa el ejército? Y son irrompibles: este estuvo en la guerra, sí, fue a Malvinas y volvió así como lo ves, una joya.

Mota miró el camión con detenimiento. Luego entró en la cabina, se subió a la parte de atrás, se tiró abajo. Mientras tanto, Saba decía:

-Acá adentro se salvaron todos, es un camión encantado. Las bombas caían cerca pero no le hacían nada. Sólo le quedó esto, ¿ves?, este agujero de acá que debe ser de alguna bala, la única que lo tocó.

El vendedor hablaba y Mota pensaba en su padre, quien cuando era conscripto -y miembro de “Los Decididos de Córdoba”, un grupo del ERP- había participado en la toma del Comando 141 de Comunicaciones del Ejército. En esa ocasión él y algunos otros habían robado varias ametralladoras, un cañón antiaéreo, municiones y algunos fusiles; y un Unimog, que fue lo que usaron para cargar las cosas y huir.

Mota preguntó:

-¿Y antes de Malvinas? ¿Sabe algo más de este camión?

Saba levantó los hombros.

-Una joya -repitió.

Y todavía no empezaba a hablar de otras características del Unimog cuando Mota dijo:

-Creo que voy a comprar este.

Vicky, desde un principio, miró el Unimog con recelo. Pero es cierto que durante el primer mes el camión funcionó muy bien. Mota, como Saba lo había anticipado, arreglaba los pequeños desperfectos o desajustes con algunas pocas herramientas. El reparto, en efecto, empezaba a crecer. Sólo en el segundo mes empezaron los verdaderos problemas. Primero el motor se recalentó y hubo que rectificar la tapa de cilindros, limpiar el radiador y cambiar todas las mangueras. Después se quebró un amortiguador y hubo que reemplazarlo junto a buena parte del tren delantero. Y más: problemas con el cardan, la transmisión y otra vez el radiador, que por suerte Mota cambió antes de que el motor volviera a recalentarse. Además, durante todos esos arreglos que parecían no tener fin, uno de los mecánicos le dijo que la bomba inyectora no iba a aguantar demasiado.

-El corazón del motor -dijo el hombre-, el corazón de este motor empieza a pedir ayuda.

A partir de ahí Mota empezó a sentir que, por más reparaciones que se hicieran, el camión siempre volvería a fallar, como si el encantamiento del que había hablado Saba, el que había salvado al Unimog de las bombas, se hubiera convertido

en un feroz maleficio capaz de echarlo todo a perder: como si el Unimog, después de su aventura en Malvinas, pidiera descansar para siempre.

Mota pensó en todo esto durante varios días. Cuando Vicky mencionaba el tema él intentaba no escucharla y ella, que se daba cuenta, dejó que el asunto empezara a consumirlo. Ya va a pedirme consejos, se decía, y esperaba en silencio que él al fin se decidiese a darle la razón.

Por ese tiempo Mota volvió a relacionar al camión con su padre. En definitiva, todo lo que había averiguado sobre la desaparición lo llevaba, de una u otra manera, a la ciudad de Córdoba. Le habían hablado del ERP, de “Los Decididos de Córdoba”, de la toma del Comando, de la clandestinidad, del cruce de calles donde se lo habían llevado. En la adolescencia, cuando empezó a investigar todo aquello, Mota había encontrado con quién hablar y con quién no hablar. Había conocido a gente amable, a nostálgicos, a fabuladores; y si bien muchos le habían sugerido que viajara a Córdoba, que conociera dónde había estado su padre, que exigiera que le dejaran ver los supuestos lugares en los que lo habían tenido secuestrado, él nunca lo había hecho y siempre se prometía hacerlo alguna vez. Incluso Vicky, ajena a toda esa historia, esperaba que él cerrase esa parte de sus averiguaciones, que viera lo que tenía que ver, que borrara lo que había que borrar.

Una noche, Mota dijo:

-Voy a ir a Córdoba con el camión.

Vicky no dijo nada.

Después, él intentó explicar que su padre había manejado un Unimog y que el Unimog que él había comprado era, en cierto sentido, el que había manejado su padre. Dijo que había que abrir la puerta a los demonios del camión y dijo que viajar a Córdoba, recorrer las calles que con seguridad había recorrido su padre al volante de un camión como ese, ayudaría.

Vicky, sin comprender, lo abrazó.

-Yo pienso en la casa -dijo-, ¿qué va a pasar con la casa?

Mota la apartó y prometió que a su regreso todo iba ser

como ella quería.

-Siempre decís lo mismo -dijo Vicky.

-Vos también decís siempre lo mismo.

Esa noche, en la cama, encendieron la TV pero no la miraron. O la miraron, pero mientras en la pantalla se repasaban las últimas gracias de un cómico recién fallecido, Vicky pensaba en la casa y Mota pensaba en el camión. La casa encantada y el camión maldito, o al revés. El camión y la casa. Y es seguro que, de haber hablado, no se hubieran puesto de acuerdo en cuál de las dos cosas era más importante.

Mota viajó durante casi toda la noche, hasta que paró a cargar gasoil en una estación de servicio, donde además se sentó a tomar un café.

-¿El Unimog es suyo? -le preguntó un hombre de campera verde y tan gordo que apenas pasaba entre las mesas del local.

-Ahora lo nuevo -dijo Mota, algo molesto porque todavía no terminaba el café.

El hombre extendió uno de sus grandes brazos:

-No, no es para que lo mueva: es que yo manejé uno de esos, yo...

-¿Usted es militar?

-Ya no -dijo el gordo-, después de Malvinas ya no -y mostró una mano a la que le faltaban dos dedos-. Me dieron una medalla, sí. Esos camiones son una locura, ¿no es cierto?

Mota asintió y el hombre, sin más, se sentó a la mesa y empezó a contar anécdotas con Unimogs. No se cansaba de decir que esos camiones eran una locura, un milagro de la ingeniería, decía, indestructibles. También dijo que no eran camiones fáciles, que tenían sus secretos. En un momento dijo:

-Mi Unimog estuvo en Malvinas.

-¿Cómo sabe?

-Me contó el que me lo vendió, me contó que...

-Lo veo difícil -dijo el gordo-, pero si le dijeron... Igual, todo lo que fue a Malvinas se quedó allá, de esas islas no volvió nadie. Míreme a mí, manejo camiones, ¿usted vio el camión

que manejo? Mejor no lo vea, un cachivache.

El gordo siguió hablando y Mota empezó a preguntarse si su Unimog no habría muerto en Malvinas. Eso podía ser. Las bombas, como había dicho Saba, no lo habían alcanzado. ¿Pero qué significaba ese orificio, esa marca de bala que el camión todavía conservaba en la chapa? Sólo cuando el gordo volvió a insistir con que los Unimogs eran una locura, que esos sí que eran verdaderos camiones, Mota sintió que el de él era uno de esos, que Córdoba estaba a unos pocos pasos y que no sería necesario más que un último impulso para llegar hasta donde se había propuesto llegar. Y con esta convicción volvió a la ruta, a la aventura, a la imagen de su padre, ahora frente a él como un gran frasco de dulce casero o mejor: casas llenas de dulce.

Al amanecer, a no más de cien kilómetros de Villa María, empezaron a iluminarse unas nubes grandes y oscuras sobre el horizonte. Mota podía verlas en el espejo retrovisor: avanzaban hacia él y amenazaban con desatar una lluvia furiosa sobre el camino. Van más rápido que yo, pensó antes de empezar a acelerar. También pensó: este camión va a poder, si pudo hasta acá no tiene por qué fallar ahora.

Pero falló. Al principio Mota aceleraba y el camión respondía. Las nubes no se movían o incluso parecían alejarse. Pero después el motor empezó a hacer ruido a turbina de avión y al final dejó de responder y hubo que parar a revisarlo. Esperaba que no fuera algo grave.

Nada roto, ningún desajuste visible: todo, hasta donde él entendía, estaba bien. Sin embargo, cuando quiso volver a poner el camión en marcha se escuchó un largo chirrido de bisagra oxidada y algunos golpes como de puerta golpeada por el viento. Mota estuvo varios minutos así, escuchando el chirrido y los golpes, hasta que alguien se acercó a preguntarle si necesitaba ayuda.

-Gracias –dijo él, sin advertir que el que se había acercado era el gordo de la estación de servicio.

-¡Eh!, ¿no me reconoce? -dijo el gordo-. Todos los que me vieron una vez después me reconocen.

-Perdone -dijo Mota-, es que este camión a veces...

Después el gordo revisó el motor, dio arranque, otra vez el ruido agudo, y sentenció:

-Es una lástima. Creo que es un problema de la bomba inyectora, y del arranque, va a haber que remolcarlo.

Y mientras el gordo explicaba los detalles de una posible reparación Mota recordó las palabras del mecánico: “la bomba inyectora, el corazón del motor”; las de Vicky: “terminar la casa, siempre decís lo mismo, la casa, siempre lo mismo”; y las de Saba: “pico de loro, destornillador”. Sí, una pico de loro y un destornillador para desarmar todo el camión, dos, tres herramientas para ver cada parte por separado, ver todo lo que le pasa ahí adentro, lo que pasó, lo que va a pasar. En ese estado encaró al gordo y le dijo que se fuera, que él ya iba a ver cómo se las arreglaba. Pero como el gordo insistió en ayudarlo y se ofreció a llamar a un remolque y a conseguir un buen bombista que pudiera solucionar las cosas Mota le dijo:

-No, vayasé, no lo necesito, vayasé.

-Mal parido –dijo el gordo por lo bajo.

-¿Cómo?

-Eso, eso, malparido.

Mota pensó en una vaca. Él salía de adentro de la vaca y era un ternero, un torito que la vaca dejaba en el pasto y entonces él, ensangrentado, respiraba la bruma de la mañana y un hilito violeta, mezcla de sangre y placenta, que le colgaba del hocico. Le dolieron los ojos y saltó sobre el gordo. Se le prendió del cuello, trató de voltearlo pero el gordo se lo sacó de encima de un manotazo.

-¿Qué hacés?

Mota volvió a la carga. Había quedado frente al gordo y ahora lo golpeaba con los puños cerrados, golpes desordenados sobre el cuerpo blando, inmenso. El gordo no tardó en agarrarlo de la ropa, levantarlo algunos centímetros del piso y dejarlo tirado de espaldas en el asfalto. Mota lo veía des-

de abajo, respiraba rápido y sentía la cabeza lastimada contra unas piedras. No se podía levantar. Hacía frío. Lo señaló con el índice, amenaza. El gordo sonrió.

Cuando Mota logró darse vuelta y empezó a levantarse el gordo ya no estaba. Escuchó el ruido del motor del camión, respiró el humo del escape, lo vio alejarse. Después escuchó los primeros truenos.

Otra vez solo, Mota volvió a abrir el capot y volvió a cerrarlo. Nada. O sí: empezó a atacar al camión con un martillo. Después siguió con una maza: golpeó el motor, la carrocería, arrojó una por una todas las herramientas contra el Unimog y empezó a gritar:

-¡No tenés nada para decir!, ¿eh?- y repetía- ¿Nada...?

Pero después decidió que era inútil y que había que terminar de una vez con todo el plan. ¿Qué iba a decir Vicky? Nada, ella no podía decir nada porque sobre todo eso nadie podía decir nada. Subió atrás y buscó una manguera y un bidón. Abrió el tanque de gasoil, intentó sacar un poco. No había mucho, o él no sabía cómo sacarlo, así que sólo pudo llenar el fondo del tacho y rociar con ese poco el motor.

Las llamas, al principio pequeñas, hacían pensar que el fuego se iba a apagar rápido. Pero crecieron, ocuparon la cabina y se extendieron hacia atrás. Mota sentía la ausencia que se siente frente al espectáculo del fuego, esperaba que las llamas alcanzaran el tanque y anticipaba una explosión magnífica que diese por terminado su estúpido viaje a Córdoba y la tontería de haberse comprado el camión. Pero entonces empezó a llover y comprendió que el fuego se iba a apagar.

Fue así: Mota, durante el resto de la tormenta, tuvo que refugiarse en la parte de atrás, la única donde el fuego no había llegado y, sin poder hacer nada, escuchar la lluvia y ver, en los recorridos del agua que se filtraba por el techo de lona, los recorridos que para él ahora estaban cerrados; y abajo, en los charcos que se formaban en el piso, los lugares a los que ahora nunca podría llegar.

Tardó un día entero en volver. Alguien lo llevó hasta Rosario y de ahí logró que lo dejaran en Zárate, desde donde llamó por teléfono a Vicky.

-Estoy en Zárate -dijo.

-Voy para allá -dijo ella.

Durante el viaje casi no hablaron. El motor de la vieja F-100 sonaba parejo en medio de la noche y Mota imaginó que a los costados del camino se extendía una laguna. No era muy profunda y él pensó en detenerse, en tomar a Vicky de la mano y atravesar la laguna a pie en medio de la oscuridad.

Ya en la casa, dijo:

-Voy a llamar a Saba.

-¿A quién?

-Al que me vendió el camión. Que lo vaya a buscar y que me devuelva parte de la plata. Algo me va a devolver...

-¿Y si no te devuelve nada?

-No me importa, empezamos de nuevo.

Se abrazaron.

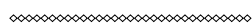
Después Vicky preguntó:

-¿Y vamos a terminar la casa?

-Sí, a ver hasta dónde llegamos.

Ella dijo que la esperara y más tarde volvió con una botella de vino, un pollo y algunas verduras.

Cocinaron, comieron y, antes de acostarse -no había tiempo que perder-, Mota se ofreció a ayudar con los platos sucios y las sobras de la cena.



Incluido en "76", Momofuku, 2014

Dos sables láser

Hernán Vanoli

(Buenos Aires, 1980)

24 de abril

Me despierta uno de los ordenanzas que limpian el tren. Tardo en darme cuenta de que estaba en la estación Federico Lacroze. Tengo mi mochila apoyada en las piernas y todavía sostengo unas fotocopias del libro *Parias Urbanos* de Loic Wacquant. Llueve y no tengo paraguas porque nunca usé paraguas. Mis zapatillas todavía húmedas porque el transporte interno de la universidad donde trabajo no funcionaba por un conflicto entre sus autoridades peronistas y el intendente peronista del Partido de Malvinas Argentinas. En lugar de esperar el colectivo de línea, caminé por las calles barroas y sin vereda que separan la universidad de la estación. Salgo de la estación y espero el colectivo. Mientras viajo todavía siento el olor del agua rosada donde hierven las salchichas en los puestos que hay en el andén. Al llegar a mi casa Vanoli está sentado frente a la computadora. Pantalón deportivo gris Adidas confeccionado en un taller ilegal, una gorra con visera blanca y bordó con manchas que parecen de comida, ojotas de goma verdes con medias de algodón blanco. Envuelto en una frazada

a cuadros rojos y negros que tiene quemaduras de cigarrillo. Me dijo que había estado chateando en Facebook con Romina, una compañera de un curso de SPSS que hice hace dos años, y que está a punto de invitarla a tomar algo. Que en la cadena de mails hubo una serie de fotos de orgías con mujeres mutiladas y una discusión interesante sobre la dinámica interna del espacio cultural que hay en la Escuela de Mecánica de la Armada, centro clandestino de detención durante la dictadura militar. Nunca fui a la ESMA pero tengo varios amigos que trabajan en la ESMA escribiendo guiones para programas educativos. Le pregunto a Vanoli si Romina aceptó y me dice que a medias. Agrega que estaba terminando una síntesis del thread y que me envió un mail con una variedad de respuestas y comentarios posibles para que yo apruebe. Vanoli sabe que debe filtrar mails de mi ex novia. En realidad a esto lo conversamos durante el día, pero no me funcionó bien la conexión 3G del celular. Le pregunto si hay algo para comer. Galletitas con Mendicrim, dice Vanoli.

28 de abril

Es domingo y tuve que trabajar. No me molesta. Hay un punto en el que incluso lo agradezco. Desde chico los domingos me resultan terribles. Mis padres dormían siesta o decían que dormían siesta y yo me quedaba en el pequeño patio interior de mi casa. Me quedaba recostado en el piso, con la vista fija en el cielo, vigilando los movimientos de mis vecinos y la basura que de vez en cuando mis vecinos arrojaban a nuestro patio. Internet no existía. Para una navidad, mi tío Leandro me regaló un juego de dardos. Mi puntería era buena y mejoró con la práctica hasta que pinché dos semanas seguidas el aire acondicionado de la habitación de mis padres. Hubo que pagar recargas de gas. Asocio el concepto de siesta al matrimonio de mis padres y a una vida donde los sucesos acontecen de manera monocromática y azarosa. Como la trama del suelo de

mármol del patio donde me tiraba a observar el cielo, como los antiguos protectores de pantalla de los monitores ámbar. Este domingo fue distinto. Fui a la feria cartonera del partido de José C. Paz. En la universidad donde trabajo participo de un proyecto de investigación sobre economías informales y consumo en zonas insularizadas del conurbano bonaerense. Hago etnografía de las prácticas de los sujetos populares en esa feria. La feria nace como un lugar donde se revende aquello que los cartoneros juntan en sus viajes nocturnos a la capital. Es anárquica, el estado casi no interviene. Los cartoneros vuelven en un tren especial, llamado tren blanco, del que tienen que descender a los saltos en un parador no oficializado porque sus carros tracción a sangre no pueden circular por la estación. Converso con vendedores y compradores y tomo notas en esta libreta. Hace alrededor de un mes, justo en el vértice deshilachado de una manta echada sobre el barro de la plaza que hay detrás de la escuela donde funciona la feria, encontré un volante de una curandera. Digámosle Yamila. Además de unión de parejas, cura del mal de ojo y trabajos en general, Yamila ofrecía fertilización asistida. Leí ese volante porque también analizo los volantes y las formas de comunicación no institucionalizada que circulan por la feria. El volante tenía un número celular. Después del trabajo de campo tengo mi segunda cita con Yamila. En la primera cita hablamos y le conté mi historia. Hoy, le llevé todos mis calzoncillos adentro de una bolsa de supermercado chino.

2 de mayo

Hubo un asado en la universidad donde trabajo. Una mesa hecha con caballetes y cubierta con un mantel transparente. Sillas de plástico, algunas con el respaldo resquebrajado. Gaseosas y vino tibio en vasos de café. Los investigadores docentes atraviesan el campus y se acercan a la comida con el paso de un ejército de escarabajos desorientados y hambrien-

tos que huelen la proximidad de una cucaracha muerta. Abuso del vino y del chimichurri con la esperanza de generar alguna reacción en los investigadores. La reacción no se produce. Todos están concentrados en conversaciones sobre sus vidas familiares o en tejer relaciones con dos académicos mexicanos que fueron invitados a dar una charla sobre historia urbana en Guadalajara. Recibo dos mails de Vanoli en mi teléfono. Uno es un informe sobre los rumores de plantaciones de soja en Campo de Mayo por parte de las fuerzas armadas. Lo leo rápido y en diagonal, con expresión facial neutra. El otro es una compilación de los chats que Vanoli sostiene en Facebook con un grupo de estetas. Envío un mensaje de texto que confirma mi encuentro de la noche con Mariela, una profesora de economía que conocí en la fiesta de una organización política oficialista. Mariela tiene treinta y ocho años y un hijo de dieciocho, Mateo, que se fue a estudiar y trabajar de babysitter a Oslo. Nuestros encuentros son con fines puramente reproductivos, acordamos tener un hijo del que ella va a hacerse cargo cinco días a la semana y yo dos. Cuando el bebé nazca, ambos vamos a dedicarnos a buscar la felicidad. Llamamos a nuestros encuentros baby dates. Tomamos whisky. Miramos videos en YouTube. Discutimos el lamentable estado de la literatura argentina. Nos regalamos golosinas. Ella casi siempre me regala Nerds, esas pastillas que parecen la droga de diseño que va a regalarnos una civilización superior cuando venga a llevarse el bulbo raquídeo de todos nuestros aspirantes a artistas. Me cuido de no dormir con Mariela porque no me gusta dormir con nadie y además cuando no duermo en casa Vanoli me llena de preguntas. En el asado, tras mi segundo sándwich de carne, me sumo en una ronda de conversación que transita desde el programa de salud del Gobierno de la Provincia de Buenos Aires hacia la campaña de River en segunda división. Mientras todos hablan pienso en mi proyecto de filmar un documental que sea una falsa biografía de un becario de Conicet que se inmoló con explosivos plásticos en un negocio de electrodomésticos. Llevo hechas ocho entrevistas a becarios de diferentes

camadas y la intención es filmarlos en sus lugares cotidianos de trabajo. Pero sé que nunca voy a terminar ese documental.

4 de mayo

La Cartonera muestra en una suerte de pureza prístina formas de comercio hiper-territorializadas. Se trata de consumos propios de una pobreza profunda y enquistada en la vida cotidiana de barrios que muchas veces carecen de cloacas o agua corriente. En la Cartonera, las mercancías obtienen su precio en virtud de un extraño algoritmo siempre negociable que sopesa 1) distancia con otras fuentes de abastecimiento –el valor del pasaje, aunque sean dos pesos de tren hasta San Miguel, importa-, 2) utilidad real aunque los objetos sean arreglados, 3) precio de mercado y 4) grado de deterioro.

5 de mayo

Salí a correr después de mucho tiempo. Las zapatillas no parecían acostumbradas. Odio comprar zapatillas porque me cuesta mucho conseguir mi número. Cuando terminé fui a visitar a mi sobrina. Tenemos conversaciones telefónicas dos o tres veces por semana. Siempre me cuenta sobre su amiga Cali, con la que se pelea y se reconcilia cíclicamente. Cali estaba a punto de irse a Miami con su familia y le había prometido traerle otro disfraz de princesa. Mi sobrina colecciona disfraces de princesa. También hablamos sobre las películas que vio. Me las cuenta en una forma rudimentaria y genialmente lírica propia de un cerebro con apenas cuatro años de uso. Le digo que yo también las vi pero le invento finales diferentes. Es un secreto que tenemos. Fui a visitar a mi sobrina, que jugaba con un pelícano rojo de peluche que se llama Red y con su bebé favorito, que se llamaba Rodrigo hasta que cambió de sexo y se transformó en Rodriga. Mi hermano y la mujer miraban

televisión. Buscamos nuestros sables láser con luz y sonido y subimos con mi sobrina a la terraza. Es una terraza enorme, invadida por la copa de un limonero. Con mi sobrina nunca encendemos la luz y espadeamos en la oscuridad. Yo uso la espada roja de Darth Vader y ella usa la espada celeste de Anakin Skywalker. Tenemos una coreografía preparada. Siempre, en un momento, pierdo mi espada. Entonces mi sobrina me ataca con los dos sables y me los clava en el estómago.

11 de mayo

Había faltado a mi trabajo y pasé el día leyendo en la biblioteca nacional. Al salir fui a tomar whisky a la casa de un amigo becario que está por irse a Inglaterra, donde tiene una novia que conoció por Facebook. Mi amigo tiene un erizo de mascota y está preocupado porque en Inglaterra no permiten ingresar erizos. Volví en colectivo y cuando llegué Vanoli había organizado una fiesta en mi casa. Estaba limpio, con un pantalón de corderoy marrón y una camisa leñadora abierta, debajo de la cual se había puesto una remera con la cara de Chuck Norris. Se había atado el pelo en un rodete. Parecía una persona normal. Para hacerme el gracioso y quizás porque estaba algo borracho le dije que Baby Etchecopar era nuestro Chuck Norris pero pareció no escucharme. El disc-jockey pasaba música desde mi computadora. Abrí la heladera, comí unas empanadas frías de choclo y busqué más whisky. Lo tenía una chica de pantalones verdes con la que terminé dándome unos whisky-besos. En algún momento la chica de los whisky-besos salió por la ventana trepando por las medianeras de los edificios con la elasticidad de una lagartija. Sonaba una canción de El Mató a un Policía Motorizado. Había gente que hablaba de Twitter. Agradecí haber delegado la tarea en Vanoli. Cuando quedaban pocos invitados me tomé la libertad de vomitar en la pileta del lavadero, que ya había sido vomitada por alguien que al parecer había comido un saco de papas lleno de Nerds.

Después volví a la fiesta y me dediqué a imaginar la forma de nube que tendría el alma de cada uno de los presentes. Y los colores. En algún momento Vanoli me comentó que había llegado un mail antiguo desde Estados Unidos, que hablaba de fertilización asistida. Dijo que ya lo había editado e insertado en mi novela sobre robo de órganos a becarios en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA por parte de un grupo de docentes con inclinaciones satánicas. Es una novela que tampoco voy a terminar de escribir nunca.

13 de mayo

El corazón de la Feria Cartonera envuelve la escuela primaria N° 20 y se expande hacia un potrero donde los alumnos hacen educación física durante la semana. A diferencia de una feria espectacular como la de La Salada, montada en virtud de la producción irregular de mercaderías, o de una feria híbrida como la de Solano, donde lo informal manufacturado se prolonga en una red deshilachada y virtualmente interminable de mantas que ofrecen desde máquinas de escribir hasta avestruces, la cartonera no muestra jerarquías definidas. El 90 por ciento de sus mercaderías son usadas.

15 de mayo

Chateo con Vanoli desde mi oficina en la universidad donde trabajo. Le cuento que ya recuperé mis calzoncillos y estrené uno en mi baby date de la noche anterior. Que la persona a la que acordamos llamar Yamila me pidió ahora una muestra de sangre y no sé como hacer para conseguirla de una manera ortodoxa. Vanoli dice que va a prepararme un informe. Me comenta lo más relevante de Facebook e insiste en que invite a tomar una cerveza a una poeta de dreadlocks con la que viene chateando hace una semana. También me pasa el link a una

recopilación de las fotos más significativas que colgó Mateo, el hijo de Mariela, sobre su estadía en Oslo. Miro las fotos. Bajo a comprar un café que tomo con expresión facial pensativa en un descampado que hay detrás del edificio donde está mi oficina en la universidad donde trabajo. Vuelvo a mi oficina. Me encierro. Apago todas las luces de mi oficina e intento dormir. Cierro los ojos e intento visualizarme en una playa de México. Estoy haciendo surf pero en lugar de una tabla de surf me deslizo sobre la mesa del quincho de la universidad en la que trabajo. El mar está desierto, pero puedo sentir la presencia de enormes tortugas subterráneas. Las tortugas son hermosas y veloces y atacan a unos fotógrafos vestidos de hombres rana que intentan retratarlas.

16 de mayo

Debatí con mi padre sobre lo trucho. Intenté explicarle que mi investigación no es sobre lo trucho. Improviso que la palabra trucho tiene dos sentidos. Uno es “fallado”, o que no cumple con las expectativas del consumidor. Otro se vincula al de “copia” mala o barata con respecto a un original investido de prestigio. El segundo significado tiene un origen de clase que luego se desparramó a través de la televisión y parió al primero como si fuera un hijo alienígena. Aseguro que un uso sincero del término trucho sería atribuírselo a algo que se encuentra en el tránsito entre algo que no funciona y algo que emula un original pero que no necesariamente no funciona. Mi padre mastica una entraña casi carbonizada y dice que tengo razón. Pregunta si sigo con la terapia. Digo que sí. Sí, digo, y me sirvo un vaso de vino tinto. Mi padre empieza a interrogar a mi hermana sobre sus perspectivas laborales. Mi hermana es adicta a la Playstation 3.

18 de mayo

En una de las mantas ubicadas sobre la tierra de la calle lateral a la plaza, se venden bolsas vacías de marcas reconocidas. Marcas como Akiabara, Kosiuko, Complot, AY Not Dead, Bensimon o cualquiera que pueda revestir algún tipo de “aspiracionalidad” se exponen como puro signo, puro emblema de distinción, continentes sin contenido. Y se trafican. El valor de las marcas, los millonarios presupuestos invertidos en publicidad y exhibición generan una extraña plusvalía en circuitos de consumo insularizados. En este punto, y contra lo que podría pensar la sociología más miserabilista, no hay consumo de necesidad ni simple reemplazo, sino otra cosa. Una suerte de experiencia de ostentación diluida, una muestra paga de la “experiencia” que, cada vez más, intentan vender esas marcas. Y no son las grandes firmas internacionales que se copian en talleres clandestinos, sino los sobrantes de las compras de las marcas de semi-diseño en la clase media.

20 de mayo

Vanoli está fuera de control. Empezó a corregir mis documentos de Word. Filma con mi teléfono celular cuando me lo olvido en casa o cuando duermo. Reescribe párrafos enteros de mi novela. Compró pastillas de cloroformo por Internet. Invita a mis contactos de Facebook a reuniones en el living de mi casa. Todos fuman sin parar y hablan de un gran proyecto artístico. Quieren usar espuma de afeitar pigmentada para dibujar un enorme diagrama de flujos sexuales, afectivos y de odio de la pequeña burguesía intelectual porteña que ocupe la superficie entera del campo argentino de polo. Discuten el tema de los patrocinadores. Sobre cómo operacionalizar a la pequeña burguesía intelectual porteña. Vanoli piensa filmar todo el proceso de construcción de la obra y contactar grupos de artistas de otros países para que se haga lo mismo en diferentes capitales del mundo. Ayer volví temprano a casa y lo vi

salir a correr con mi ropa de correr. Usaba el pelo suelto y llevaba una bolsa de supermercado chino sostenida en la muñeca y una pequeña cámara de fotos colgada del cuello. Escribí un sms para confirmar con Mariela mi baby date de esta noche. Mariela no contesta.

23 de Mayo

Bloqueo de productividad. Vanoli y sus secuaces en el luminoso sendero del ocio parecen haber conseguido auspiciantes para su obra de lo que llaman “land art”. Para conseguir legitimidad en los medios de comunicación, intentan vincularla a una cooperativa de cartoneros. Los cartoneros van a dibujar retratos de los participantes en el diagrama de flujos sobre láminas de cartón, auspiciados por una empresa de extracción minera. Pierdo tiempo leyendo los nuevos informes de Vanoli sobre el cultivo de soja en Campo de Mayo. Parece que altos mandos militares habrían subarrendado miles de hectáreas a productores vinculados al gobierno. Las reuniones en mi casa se repiten. Abro la heladera en busca de algo para comer pero sólo hay una bolsa enorme de carne picada. Voy a visitar a mi sobrina pero nadie contesta el timbre en la casa de mi hermano. Llamo con insistencia a Mariela y tampoco contesta. Recuerdo que hace tres días fui a ver a la persona que denominamos Yamila y le entregué un tubo con 50 mililitros de mi sangre. Yamila me citó en un bar de la estación de José C. Paz y me pidió más plata. Quería 500 pesos pero sólo pude darle 80. Dijo que si no le entregaba esa plata iba a utilizar mi sangre en trabajos que como consecuencia no deseada de la acción iban a perjudicarme. No entendí si lo que le pagué era suficiente.

25 de mayo

Paso toda la mañana en la cama. Al bajar, Vanoli no está

por ninguna parte. Sobre la mesada de la cocina encuentro una nota donde informa que fue a tomar una cerveza con la poeta de dreadlocks. Decido ir a buscar a Mariela a su casa para aclarar la situación. En el viaje me arrepiento. Bajo del colectivo a mitad de camino. Es feriado. Llego hasta un cine y compro una entrada con mi tarjeta de trabajador estatal. La película es una comedia romántica con Adam Sandler. Me quedo dormido durante toda la película.

29 de mayo

Mi sobrina me cuenta por teléfono que Cali no le trajo su vestido de princesa. Consigo la información después de hacerle muchas preguntas que mi sobrina esquivo con habilidad mientras me habla de golosinas y de la perra de su abuela materna. Está poco comunicativa, su fantasía de consumo se frustró y no puede aceptarlo. Me pasa a mi hermano. Mi hermano explica que no le trajeron el vestido porque la madre de Cali está presa en Miami. La mujer estaba en un negocio de Disneyworld con unos muñecos y unas tazas de cerámica en la mano. Su marido había ido a un juego mecánico. Cuando le pareció verlo en las inmediaciones del negocio, distraída, salió del local para mostrarle las mercaderías y quizás obtener una aprobación de compra. Fue rodeada de inmediato por un agente de seguridad y un vigía de civil. La esposaron y trasladaron a una habitación sin ventanas. Fue interrogada y luego trasladada a una comisaría de Fort Lauderdale. Su marido, que había decidido dar una vuelta extra en la atracción mecánica, nunca pudo encontrarla. Estuvieron incomunicados durante dos días. Intervino el consulado argentino y finalmente pagaron una fianza, pero la mujer debió permanecer en el país hasta el día del juicio. Le retiraron la visa de ingreso a los Estados Unidos por 15 años. Le pregunto a mi hermano si puedo ir a visitarlos pero me dice que mejor no. Dice que su mujer se siente mal y que están trabajando en el diseño de unos muebles

de cocina. Me siento en la computadora pero no puedo ejecutar el Windows porque Vanoli le puso una clave. Decido salir a correr. Cuando vuelvo Vanoli me pregunta si pude ver el mail de Mariela. Sí, lo leí. Mariela dice que está embarazada. Dice que cambió de opinión y planea irse a vivir a Oslo. Vanoli me pregunta por mis sentimientos como padre. Digo que no deberían dejar salir del país a las mujeres embarazadas. Digo que tengo una motivación muy baja para ir a la universidad donde trabajo y le ofrezco ir a él a cambio de un 80% de mi sueldo. Vanoli dice que le gustaría pero no se está sintiendo bien. Dice que le duele el estómago. Vanoli tiene mareos y siente que por sus venas, bañadas en sangre sucia, corren pequeñas esferas de plomo con puntas de alfiler.

2 de Junio

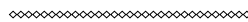
Yamila vuelve a llamarme a mi celular. El teléfono suena mientras reviso mis mails, porque desde que empezó a ir a la Universidad en mi lugar Vanoli abandonó su trabajo de community manager. Contesto y Yamila dice que unos narcotraficantes de su barrio incendiaron su casa la noche anterior y que necesita plata, alimentos, colchones, materiales de construcción o cualquier otra cosa que pueda darle. Corto la comunicación. Vuelve a llamarme y apago el teléfono con expresión facial preocupada. Apoyo el teléfono en el suelo y pienso en saltarle encima y después orinarlo. Y después ir al a feria cartonera y comprar un aparato robado que sólo traiga las funciones básicas. En lugar de eso me cambio y salgo a correr. En diferentes árboles y postes de luz encuentro un cartel que denuncia a un secuestrador de mascotas. El secuestrador de mascotas deja albóndigas de carne picada con una sustancia química adentro escondidas en los canteros. Los carteles ofrecen una recompensa por información sobre el secuestrador de mascotas y muestran fotos en blanco y negro de los cuzcos envenenados. Hay un cocker que tiene un collar de brillantes.

Cuando termino de correr voy a la casa de mi hermano. Me atiende en pantalones cortos y ojotas. Dice que mi padre suspendió la cena del miércoles. Voy a la habitación de mi sobrina y la encuentro pintando en un libro de princesas. Mi sobrina pinta a las princesas con crayones de colores. No respeta los perímetros de las figuras. Todas las princesas son rubias. Muchas de las princesas tienen dibujado encima un pulpo hecho con un resaltador violeta muy oscuro. Los pulpos extienden sus tentáculos y esos tentáculos se entrelazan entre sí. Le cuento una película sobre pulpos que atacan a las princesas que viajan en un submarino hasta que una de las princesas inventa un misil con dientes de un tiburón que las princesas pescaron con los poderes electromagnéticos de su mente. Después, cuando las princesas terminan su misión en el fondo del mar y vuelven a la civilización, son contratadas por una empresa de cosméticos que les paga por participar en un reality show. Pero el cocinero del reality show les mete drogas en la comida y las princesas envejecen rápidamente, lo que hace que tengan que utilizar más maquillaje. Cuando una de las princesas da cuenta, mata al cocinero con los poderes electromagnéticos de su mente, pero ya es vieja y se ve obligada a utilizar maquillaje de por vida. Entonces todas las princesas se casan con unos príncipes ancianos que las conocieron por la televisión y se van a vivir a las montañas, donde fundan una comunidad y son felices.

5 de Junio

Desde hace tres días, cuando su proyecto del diagrama de flujos fue cancelado por peleas con su grupo de trabajo, Vanoli insiste con que está embarazado. Empezó con vómitos. Tuve que llevarlo a la guardia médica. Le compré un test pero se resiste a hacérselo. Confesó que nunca fue a trabajar a la universidad y que pasaba el día en José C. Paz, en busca de Yamila. Que nunca la pudo encontrar y que cree que la clave de todo

estaba en los calzoncillos. Que nunca leyó mis informes sobre la actividad de la cadena, sobre el narcotráfico, sobre la actividad de sus mujeres en Facebook. Vanoli dice que quiere irse a vivir a Oslo. Amenaza con llamar a mi sobrina y contarle que va a tener un primo. Por eso esta tarde, cuando volví de la farmacia, lo invité a espadear con los sables láser que robe ayer de la casa de mi hermano. Vanoli usó el sable rojo de Darth Vader y yo usé el sable azul eléctrico de Anakin Skywalker. Al principio se resistió pero lo convencí. Fue un combate largo y espinoso. Me sorprendió su estado físico. En un momento, pegó un gran salto por encima de mi cuerpo y casi me rebana un brazo. Durante la pelea desarrollamos los poderes electromagnéticos de nuestra mente. Nos atacamos con la computadora, sillas, libros de lomo grueso y algunos vasos de vidrio. Manipulé una sandwichera con los poderes electromagnéticos de mi mente y lo golpee a Vanoli en la nuca. Vanoli quedó atontado y entonces me apropié de su sable láser y le atravesé el estómago con los dos sables láser. Sentí cómo los dos sables láser atravesaban las paredes de su estómago. Nos miramos a los ojos y Vanoli sonreía, y sonreía, hasta que se quedó dormido.



Incluido en Trucho, Traviesa, 2013

Cierre

ATLAS 8, la edición de lecturas de verano, finaliza acá.
Nos vemos en el otoño ya con el 2016 funcionando a pleno.

SUSCRIPCIÓN

Si desean recibir en sus casillas de mails los número anteriores y los que seguirán, enviénnos un mail a maildeatlas@gmail.com y encantados les cumpliremos ese deseo.

A U T O W A H N
editora

autowahneditora.wordpress.com

(c) 2016